

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 28. — N° 874.

Administración general, pasage Saulnier, número 4, en París.

## SUMARIO.

El centenario de Humboldt; grabado. — Estudios históricos. — Exposición internacional de horticultura en Hambur-

go; grabado. — Quinto centenario de Juan Huss; grabado. — Revista de París. — Poesías: Un rayo de sol. — La nieta de Ruy-Perez. — El istmo de Suez; grabados. — El bello ideal del matrimonio. — Historia de un pañuelo blanco. —

Exposición en el Palacio de la Industria; grabado. — Revista de actualidades, caricaturas por Bertall; grabados. — La cañonera Farcy; grabado. — Tradición de los rabinos de Jerusalem. — Las cercanías de París; grabado.



BERLIN. — Centenario de Humboldt. — Fundación de un parque y colocación de la primera piedra de un monumento que llevará su nombre.

### El centenario de Humboldt.

Tres centenarios hemos tenido en un mes: el de Napoleón I, el de Juan Huss y el de Humboldt, y este último es quizás el que ha provocado las demostraciones más vivas, pues si las ideas de conquista pierden terreno, la ciencia al metamorfosear el mundo ha conquistado un imperio que cada día ensancha su círculo.

Así es que el día 14 de setiembre, fecha de la fiesta secular de Alejandro de Humboldt, se ha celebrado en Berlín con alegría y con orgullo. Toda la población estaba en pie; había banderas en los balcones y mucha gente en las calles. La capital de Prusia se envanecía con los solemnes homenajes tributados á uno de sus más gloriosos hijos.

Sabido es, en efecto, que el príncipe de la ciencia alemana ocupa un puesto en la historia de las investigaciones y descubrimientos de este siglo. La vida entera de Humboldt ha sido una lucha perpétua con lo desconocido en la naturaleza. Dotado de un ardor y una energía incansables, de un espíritu de observación que no dejaba escapar ninguna cosa, y de una fuerza de inducción verdaderamente extraordinaria, Alejandro de Humboldt era uno de esos hombres de genio que con un hueso reconstruían el esqueleto de los animales antediluvianos. Sus viajes de exploración por Europa, América y Asia le revelaron casi todas las riquezas del mundo. La enumeración de sus estudios y descubrimientos exigiría más de dos columnas de nuestro periódico, y el *Cosmos*, donde el ilustre sabio los ha resumido, nos aparece como un cuadro vivo de las maravillas de la naturaleza.

¿Cómo no tributar homenajes á semejante genio? La corte no se hallaba en Berlín, y los ministros estaban ausentes; pero no por eso la fiesta secular ha sido menos brillante. El príncipe comprendió sin duda que esa ausencia de la familia real era muy sensible, pues en medio de la fiesta la municipalidad recibió un telegrama suyo que decía: «Me uno con vosotros, y me agrada ver que la capital se honra á sí misma tributando homenajes á la memoria de un conciudadano que habiendo luchado heroicamente en el campo de las ciencias, habiendo sido un amigo y un servidor fiel de sus reyes, ha procurado siempre el bien del pueblo.»

Repetiremos que si la corte estaba ausente, en cambio la población ha consagrado dignamente el centenario de Humboldt. Se ha erigido en su honor un monumento y se va á crear un vasto parque que llevará su nombre. El sitio que este parque ha de ocupar no es mas que un arenal en el día; pero la transformación se hará rápidamente. En nuestro dibujo se representa la inauguración de este parque y este monumento que se hizo en presencia de toda la corporación municipal de Berlín. Nuestros lectores observarán en el grabado que la primera piedra tiene un hueco en el cual se depositará un ejemplar del *Cosmos*. Los conquistadores tienen sus armas y los vencedores de la ciencia tienen sus libros; pero los libros valen más que las armas, pues sirven á la humanidad, y Plinio lo ha dicho: *Es ser Dios el ser útil: Deus est juvare mortalem.* H. C.

### Estudios históricos.

REFLEXIONES SOBRE EL REINADO

#### DE DON PEDRO I DE CASTILLA.

##### Preliminar.

Si escribimos la historia de Don Pedro I de Castilla, ni es para ensalzarle, ni para deprimirle. Bástale á este monarca desgraciado haber cometido faltas enormes, hechos dignos de otra época; bástale haber concitado el país contra sí para acallar las exigencias de la nobleza, á pesar de haber dado unas leyes como las que dió. Bástale, decimos, haber sido muerto de una manera infame por la traición y el regicidio juntos, por un bastardo sin títulos, unido á un extranjero sin corazón ni la comprensión del pundonor. Castilla sufrió con el reinado de Pedro I con honor; mas el reinado de Enrique II tuvo que sufrirlo deshonrada. Admitió en el trono, en cuyo respaldo se juntaba el rugiente León y el Fuerte de una sola puerta, á un bastardo, manchada la diestra con la sangre de un hermano, con la sangre de un rey valiente sí... pero justiciero por desgracia, como quieren decir sus defensores. Sentimos decirlo, pero la verdad histórica es incontestable. Tan estusiasmos somos de esa bella figura castellana que descuella entre el aluvion de armas y corazas de la invicta Castilla, como el más acérrimo partidario del rey Don Pedro; tanto amamos su memoria como el primero; pero observando con detención y perspicacia, notamos, sin embargo, en esa figura tan bella, una inclinación desmesurada á las pasiones, y un rey tiene que refrenarlas para ser buen rey. No se me conteste con el siglo. Porque en un tiempo más atrasado, otros monarcas, más atrasados aun, supieron tener á raya á la nobleza sin necesidad de derramar tanta sangre, sin hacer tan-

tas víctimas como el hijo de Alfonso XI. Muchos dicen que del rey Pedro viene la soberanía del pueblo, que es la más grande de todas, pero contestaremos enviándolos á la historia, donde el motin contra Ramiro el Monge, las revueltas de los castellanos en Tarifa y otros muchos sucesos, prueban que el pueblo conocía su soberanía ya mucho antes que se la hiciera conocer el rey Don Pedro.

Difícilmente se hallará un reinado en nuestra historia que, como el que nos proponemos escribir, sea origen de ideas tan distintas y tan exageradas. Mientras unos aplican al castellano rey el terrible apodo de *Cruel*, otros marchando por la senda opuesta, le dan el noble y grandioso epíteto de *Justiciero*, y aunque cada uno crea aceptar por sí, yo en mis cortos alcances no comprendo que algunos de estos sobrenombres sean aplicables al rey que tuvo diez y nueve años las riendas del trono de Fernando el Santo, tan feliz cuando se trató de leyes y Cortes que dar al país, tan desgraciado en todas sus obras de justicia.

Quisiéramos probar de tal manera nuestra tesis, que no quedara duda alguna en los enemigos y defensores de Don Pedro; pero siendo esto imposible por ahora, nos ceñiremos á extractar en breves palabras el estado del siglo XIV tal como nosotros lo hemos podido concebir, en vista de las crónicas diversas contemporáneas y los diferentes códigos y leyes de aquel tiempo.

No pretendemos negar el poder de la nobleza en el siglo XIV; pero tampoco queremos decir que el pueblo no existía en realidad por estar sujeto á ella. Si los nobles en una época de feudalismo tenían en gran aprieto la corona, también el pueblo podía defenderla como quisiera. ¿No existía verdadero pueblo? ¿No existía soberanía nacional? Entonces, ¿para qué fueron esas Cartas-Pueblas y esas leyes de Behetrías dadas en todas las pragmáticas concedidas á un ciudadano? Contéstese categóricamente y convengamos en que grande era el poder de los nobles en el siglo medio, mas no tanto que acallara el poder del pueblo. No negaremos del todo que la comprensión de la soberanía del ciudadano viene del famoso rey, y eso es para nosotros una gloria que gustosos añadiremos á las que ya tiene el castellano. Lo que sí es cierto, lo que no se puede negar, es que Don Pedro tenía ideas adelantadas á su siglo, y donde el feudalismo estaba en toda su fuerza, estas ideas tendrían que ser mal recibidas. En nuestro concepto Pedro de Castilla tenía dotes para ser un buen rey, pero dominado por sus pasiones no pudo ser comprendido del siglo, ni lo comprendió él mismo.

No voy con el conde de la Roca á eximir al rey castellano de los sobrenombres ó dicterios de *Cruel* y *Justiciero* para poner el de *Necesitado*, ni voy á hacer un héroe, ni un tirano, ó un Neron, como le califica Froissard y las demás crónicas francesas, interesadas en la desventura de un monarca que si bien no venció, les ganó á sus adversarios en entereza y valentía; voy, repito, á fijarme en la época, en el siglo, á estudiar con mi mente novel aun el carácter de la era de nuestra historia, y veremos si hay razón para calificarle como se hace por unos y por otros.

A principios del siglo XIV el feudalismo se había, por decirlo así, reconcentrado en sí mismo. Acabadas las peregrinaciones al Santo Sepulcro, despues de algunos años de alternativas, privaciones y abandono de castillos por mesnadas sin número, los feudos, obligados á vivir en sus tierras, pero con la obligación de servir al monarca, se agrupaban al lado del trono para hacerle marchar según sus inspiraciones. Los Maestrazgos militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, órdenes solo conocidas en Castilla, de tal manera desmembraban el territorio del monarca, que en último caso se veía este como el menor de sus nobles. Era imposible que el rey no tuviese particular afección á alguno de los feudos que rodeaban su trono; por tanto depositaba su confianza en un noble, y bastaba esto para que los demás se pusieran en pugna con el favorito, y esto era lo mismo que luchar con el monarca. De aquí la lucha del trono y la nobleza. Viendo su poder, se ensoberbecía esta de una manera escandalosa y encerrándose en sus castillos retaba al monarca, que por diversos medios procuraba acallar su osadía. Pudiérase decir entonces de un rey, que era cual los jefes de los bandidos, que una vez descontentos de él, le abandonan ó le asesinan á su placer. Esto en cuanto á Europa.

Pero ahora echemos una mirada sobre Castilla y veamos si existía el feudalismo con la misma fuerza que en los otros reinos de Europa. El territorio se encontraba repartido en su mayor parte entre las concesiones y los maestrazgos: el rey, como hemos dicho, no tenía más apoyo que la nobleza. Pero en Castilla, que se miraba al pueblo de otra manera que en los otros Estados de Europa, teníamos la famosa ley de *Behetrías*, por la cual un pueblo tenía derecho á elegir quien quisiera, con tal de que lo eligiera. Teníamos además el Ordenamiento de Alcalá, las leyes de Partida y algunas más que prueban la idea vaga de la soberanía popular.

Sube al trono Alfonso XI, y en su ansia nunca entibiada de combate, vence á los infieles en diferentes sitios, castiga el orgullo de los grandes, deshace con ejemplares castigos las compañías de bandidos que infestaban el país. No tiene clemencia alguna y los castiga en el acto mismo de aprehenderlos. Se le rebelan algunos grandes, marcha contra ellos, los pacifica y hace castigos ejemplares; unido á estos nobles tan orgullosos y á este pueblo á quien dió buenas leyes, toma á Tarifa y pone sitio á Gibraltar, donde muere de peste. Sentida fué generalmente su muerte, si creemos á la historia; nobles, pueblo, reunidos todos, lloran á un

rey tan justo como defensor de la religión y de las pragmáticas de su reino.

Sube al trono Pedro I, retrato fiel de su padre; acalla una revolución promovida por sus hermanos bastardos, mata á doña Leonor de Guzman, á Garcilaso de la Vega, y no queremos impugnar las justicias, sino el modo de hacerlas. En todo su reinado Pedro no usó del reino, como debía, sino al empuñar el cetro de Castilla. Amóle esta al principio, porque conocio lo que era, y le abandonó al fin temiéndole. Pedro no solo atacaba á la nobleza en sus justicias, sino al pueblo, á las mujeres, estaba ciego y en su ceguera no conocia lo que hacia.

Si Pedro hubiera sabido contener sus pasiones, podría haber sido un gran rey. Pero no las contuvo y hé aquí su mal. Mientras quiere destruir los nobles que no le adulan, favorece á los que le ayudan en sus planes. De aquí el mal del país, las luchas y disensiones entre los nobles, y de las cuales era instrumento un rey; no otra cosa. El interés vivo de un rey por su pueblo, le impelia un tanto á acabar de raíz con la nobleza de Castilla, sin reflexionar que á su lado se hallaba el objeto de la ira del pueblo y el que dirigía su cuchilla. Y no vemos la lascivia, la avaricia y otros defectos tan solo en el desventurado rey, sino actos que nada basta á justificar. La muerte de Doña Blanca, el asesinato del rey Bermejo, el del obispo de Galicia y otros tantos, son manchas que indudablemente empañan el lustre del reinado de Don Pedro, y que no tenían nada que ver con el castigo á la nobleza. Notamos además en el rey castellano una inclinación desmedida al placer sensual, sabemos lo que hace de los hombres este placer, que muchas veces le hizo ser tan exagerado en sus justicias que, como dice el *Dispensero de la reina Doña Leonor*, «Tornaba en crueldad.» La muerte de don Juan Nuñez de Prado, su más ardiente defensor, no podía haber sido sino por odio de algun favorito del monarca. Y por otra parte ¿qué justicias son estas, sin examinar si el reo es culpable ó no culpable, y que sin duda ninguna hizo caer inocentes bajo la cuchilla del verdugo? En esta nos es imposible reconer un rey como lo exige el interés y el bienestar de un trono como el de Castilla.

Pues ahora, permítanos el lector que le preguntemos: ¿consiguió el rey de Castilla acallar el orgullo y las exigencias de los grandes? No; porque en los reinados sucesivos se hizo más insoportable su descomodidad ambicion. Ahora bien ¿cuál fué la verdadera causa de ello? El mal método que llevó el rey Don Pedro para practicar su obra. Por esto decimos que Don Pedro no fué comprendido de su siglo. Quiso hacerlo todo con sangre, y esa sangre derramada, por fuerza tenía que concitar más odios, porque á la manera que del Dragon del Velloco de oro, salía de cada diente un soldado, aquí de cada cabeza saldría un vengador. Quería vengarse matando, y de esta manera nunca veía lo que tenía á su favor. Y aun así era inconstante... Debemos convenir en que Pedro de Castilla cometió errores graves en su reinado, que fué cruel en sus venganzas y justicias, justiciero en su odio á los nobles... Y sin embargo de esto, no podemos hacernos cargo de cómo se vió abandonado de su reino, para tener que recurrir á moros... ¿Era posible que sin ningun motivo, el pueblo, el verdadero soberano, no abandonase sin alguna causa justa al monarca?...

La muerte de este rey desventurado es la que lo justifica á nuestros ojos. Nunca podremos acostumbrarnos á mirar sin desprecio la bastarda figura de Enrique el regicida; por otra parte, en su alzamiento al trono, prueba el cansancio de revueltas intestinas, por un pueblo que debiera avergonzarse de semejante rey.

Convendremos por lo tanto en nuestra primera idea, y no nos equivocaremos si excluimos del rey de Castilla los dicterios y los sobrenombres que al mismo tiempo que dañan la historia de nuestra patria, ofenden los oídos de castellanos acostumbrados en todas épocas á defender los reyes que los respetan.

Así pues, para nosotros Pedro no será ni justiciero, ni cruel, ni vencedor, ni necesitado, sino Pedro I de Castilla, y la verdad de esta asercion lo probará la lectura consecutiva de su historia, según la crónica antigua de Pedro Lopez de Ayala, la única verdadera, según probamos y la que como nosotros, excluye todo dicterio injurioso ó sobrenombre favorable al rey de Castilla.

Quisiera haber acertado en la calificación de Don Pedro, y por ello debiera no solo felicitarle, sino en particular á mis amigos, que implícitamente me ayudaron en mis trabajos históricos, con sus advertencias tan sabias como acertadas, y á los cuales tengo hoy el atrevimiento de dedicarles mi producción, escasa de mérito y solo aceptable por el objeto á que se dedica y las pruebas de cariño que con ellos me unen hace tiempo.

I.

Acababa de morir Alfonso XI el Vengador en el sitio de Gibraltar en 27 de marzo de 1350, y recibida en Sevilla la triste nueva, tendiéronse paños negros al mismo tiempo que las gradas del trono de Castilla se alfombraban para ser pisadas por un niño de quince años. Niño llama la historia al hijo del monarca vencedor de los infieles, y justamente por esta causa al subir al trono de su padre, Pedro I tiene más títulos para que le examinemos y nos complazcamos con sus mandatos regios.

Pedro I de Castilla al empuñar el cetro real, era sin duda ninguna un joven fogoso, apasionado, valiente y caballero en extremo. Dotado de una fuerza física considerable, amaestrado desde sus mas tiernos años en todos aquellos ejercicios que constituian la buena educacion en el siglo XIV, y bajo la tutela inmediata de su madre, Pedro tenia motivos para ser un buen rey.

Si hemos de atenernos á las crónicas, Pedro era *blanco de rostro, autorizado con una cierta majestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado*, era valiente y nunca su cuerpo se rindió al trabajo; emprendedor y amigo de los intereses del pueblo, lo que probaremos mas adelante. *Ceceaba en el habla*, si creemos á Pero de Ayala, y sin embargo de estas dotes grandes, y que bastan por sí solas para formar un buen rey, se notaban ciertos vicios que iban con el tiempo creciendo. Eran estos un tanto de avaricia, lujuria, una aspereza marcada en su carácter que degeneraba en soberbia, y por último, tanto rigor en sus justicias, que degeneraba en crueldad. Sin duda ninguna la causa de estos defectos fueron los consejos que desde su niñez le dieron don Juan Alfonso Alburquerque, su ayo, y las continuas reflexiones que su madre Doña María le hiciese, cuando viera antes los progresos de una concubina respetada.

Proclamóse pues seguidamente por rey de Leon y de Castilla á Pedro I, hijo de Alfonso XI y de Doña María de Portugal, que le acompañara en la coronacion. Y por cierto que el advenimiento de Don Pedro al trono no podia ser en peor tiempo. Dividido el reino en bandos y fracciones, odiándose los grandes unos á otros, partidarios unos de la favorita del rey difunto, y otros solo por ese instinto de rebelion peculiar en los nobles del siglo XIV, de tal manera se confundian, que no podia encontrarse medio de acallar esta desmedida insolencia.

Añádase á esto que Don Pedro de Castilla tenia á su lado un hombre generalmente odiado por la mayor parte de los próceres de la época. Tal era Alfonso de Alburquerque, de nacion portugués, y lleno de ambicion y deseos de enriquecerse á costa de la corona.

Muchos nobles corrieron, cuando se supo la muerte de Don Alfonso XI, á hacerse fuertes en sus castillos. Doña Leonor de Guzman, que habia sido la querida del rey Vengador durante los últimos años de su reinado, y que habia dirigido á su placer las riendas del gobierno en el reinado anterior, se hallaba en Algeciras á la muerte del rey. Acompañando el cortejo fúnebre que se dirigia á Sevilla, al lado de sus hijos que no la habian abandonado, llegaba á Medinasidonia, donde la ilustre dama recibia el desaire y la tristeza de verse abandonada por los mismos que habian jurado defenderla en vida de su regio amante. No se desconsoló por esto, y mientras sus hijos se retiraban á Algeciras, temiendo las iras de Alburquerque, ella seguia á Sevilla con un seguro de Juan de Lara. Mas no le valió este seguro á la decaida señora, porque fué presa en Sevilla en seguida que llegó.

Alfonso XI habia tenido en Doña Leonor de Guzman cuatro hijos, Don Sancho, Don Enrique, Don Tello y Don Fadrique. De estos, dos se habian retirado al castillo de Moron, cerca de Algeciras, y otros á esta misma ciudad. Pero bien pronto se vieron obligados á salir de allí por sus mismos defensores, que al ver llegar las galeras que conducian las tropas de Don Pedro, comenzaron á gritar:

#### Castilla por el rey Don Pedro.

Los bastardos trataron de ponerse bien entonces con Don Pedro su hermano, lo que consiguieron, pues el carácter del rey, como hemos dicho, no era todavía tan feroz ni cruel como se quiere suponer. Parecia reinar ya la armonía entre los partidarios, tan diversos antes y en el instante de coronarse el nuevo rey. Mas la reina madre, que veia aquellos momentos en que su rival sufría parte de lo que ella habia padecido en otro tiempo, hacia todo lo posible por hacer mas desventurada á Doña Leonor de Guzman. Esta, encerrada en una sala del alcázar real, no recibia mas visita que la de su hijo Enrique, que fué lo bastante para el plan que concebía. Casó secretamente á Enrique de Trastámara con doña Juana de Velasco, señora distinguida á quien el rey apreciaba, y con la que ya se habia tratado en la corte de casar al joven Pedro, solamente con el intento de frustrar los planes de la reina madre.

De aquí los disturbios que se siguieron. Enojada la reina Doña María, trémulo de cólera el rey y rabioso el favorito, se estrechó mas la prision de Doña Leonor de Guzman, que se condujo despues á Carmona, mientras Enrique, temiendo con razon, huía á Asturias.

Atacó entonces al rey de Castilla una enfermedad tal, que se temió por su vida. Hizose ver allí, al lado del lecho real y entre las continuadas reyertas, la ambicion de los grandes con todos sus lunares; allí solo fué donde el joven moribundo aprendió á ser cruel. Llevados unos del partido de Alburquerque se declaraban por Fernando de Aragon, sobrino de Alfonso XI; Garcilaso de la Vega y otros eran acérrimos defensores de Don Juan Nuñez de Lara; y por último, todos llevaban las miras mas ambiciosas tocante al trono de Castilla.

Terminó todos estos cálculos la inesperada mejoría del joven príncipe, que conociendo ya los adversarios con quienes combatía, alzó la frente castellana pura, y vivió para odiar á muchos, pues aquella prueba fatal acabó de hacerle el hombre mas severo y terrible de la tierra, lo que unido á su carácter natural, podriamos decir sin equivocarnos, que hacia de su alma una materia física é inerte.

Ayudado de Alburquerque y de la reina madre, dis-

púsose el monarca á luchar contra sus enemigos. Pero la ceguera del rey, ó llámese la adulacion de Alburquerque, en vez de hacer dirigirse al monarca contra su favorito, haciale dirigirse contra Don Juan de Lara. Y como quiera que este caballero odiaba al favorito y temiera las consecuencias de su privanza, se retiró á sus Estados, donde se hizo fuerte: empero, cual si una fatalidad pesara sobre todos los que mirasen mal al terrible Don Juan Alfonso, el rebelde y su cuñado Hernan Manuel murieron casi á un mismo tiempo (noviembre, 1350).

Ardia en deseos la reina madre de vengarse de su rival. Así mientras su hijo salia de Sevilla para acallar los defensores de Don Juan de Lara y apoderarse de sus Estados, ella, con ayuda de Alburquerque, mandó conducir á Talavera á la infeliz Doña Leonor de Guzman, que á los pocos dias fué muerta de orden de la vengativa reina madre. Don Pedro, fuera de Sevilla á este tiempo, se dirigia á sofocar la rebelion que estallara en Búrgos por la causa de los Laras y en odio al favorito.

Era entonces de mucho valimiento á la dicha causa Garcilaso de la Vega, hijo del canciller, y adelantado mayor de Castilla, enemigo de Alburquerque, y por lo tanto rebelde. Encerrado en Búrgos y enterado de que su odiado enemigo acompañaba al rey de Castilla, negóse á abrir las puertas de la ciudad, saliendo sin embargo, con algunos caballeros, y advirtiéndole al rey Don Pedro que era dueño de entrar en una ciudad suya, mas no del favorito. Sea lo que quiera, las puertas de Búrgos se abrieron por el adelantado; los habitantes y enemigos de Alburquerque tuvieron que doblegar la cerviz ante las tropas y la cólera real, y el desventurado caballero Garcilaso, que aunque rebelde se habia acogido bajo la salvaguardia del trono, fué llamado á palacio y ejecutado como el mas despreciable de los seres. Su cadáver fué arrojado por los balcones á la calle, y el rey le estuvo mirando aquella tarde cuando los toros que pasaban para las fiestas reales lo pisoteaban sin compasion.

Esto es cierto, porque la historia lo dice, y aunque se quiera atenuar con la época y la rebelion y el favorito, aunque se diga que Garcilaso merecia la muerte, nosotros contestaremos diciendo:

— Si era menester para castigar á un rebelde despoerse de todo sentimiento de humanidad.

Ocurrió entonces la inesperada muerte del niño Nuño de Lara, señor de Vizcaya, que el rey habia querido matar, pero que una señora pusiera á cubierto de su ira, y por lo tanto el señorío del reino fué agregado á la corona. Es natural que los vizcaínos opusieran alguna resistencia, mas poco se curaria Don Pedro, porque al poco tiempo se divertia en Búrgos con el rey de Navarra Carlos el Malo, que habia acudido allí á tratar amistosamente con el monarca castellano. Debieron de convenirse, porque despues de grandes regocijos, el navarro se volvió sumamente contento á su pais. Pronto veremos cuán fingida era esta amistad.

Marchó entonces el rey de Castilla á Valladolid y juntó Cortes; Cortes donde se dieron leyes tan sábias y se organizaron tan bien los intereses del pueblo. Allí se formó el ordenamiento de menestrales, allí tambien sancionaron el famoso Becerro de Behetrías y el ordenamiento de Alcalá. El tiempo que trascurrió desde el otoño de este año hasta la primavera del siguiente, es el timbre mas esclarecido y el elogio mas merecido que puede tributarse al rey de Castilla. Sí, digámoslo sin rebozo; la mejor época del reinado que tratamos es la que vamos atravesando. Durante estas Cortes, ni un solo hecho de rebelion por parte de los grandes, y ninguna venganza por la del favorito, ni tan solo un desman en el rey castellano. Pasó para Castilla pues el invierno de 1351 entre ordenamientos y ordenanzas á un pueblo que las necesitaba y agradecia. Poco duró esta quietud: tratóse de casar á Don Pedro, y por las conferencias habidas entre la reina madre y el favorito, juntas á los dietámenes de los grandes, se convino fuese la régia esposa Blanca de Borbon, princesa de Francia, yendo á hacer los tratos y conducirla dos embajadores que la historia nos dice ser Juan de Roelas, obispo de Búrgos, y Alvar de Albornoz.

Mientras se pensaba de esta manera en la corte, alzaban los bastardos el grito de rebelion en Gijon. Partió allí el rey de Castilla lleno de ira, mas al sentir su aproximacion, huyeron los motores de la rebelion, capitulando los habitantes con la condicion expresa de que se les salvaran las vidas. Concedió Don Pedro esto de muy buena gana, y como apareciese entonces el bastardo Don Enrique pidiéndole perdon de sus ofensas, le perdonó tambien y se lo llevó á Castilla. Levantaba á este tiempo en Aguilar el estandarte de la rebelion don Alfonso Coronel, alegando como causa de su desobediencia al rey, los desmanes del favorito. Súpolo el monarca castellano á su salida de Asturias, y envió un frontero hácia Andalucía mientras á dobles marchas procuraba acercarse al punto rebelde.

El de Alburquerque, que procuraba captarse mas la benevolencia del monarca, le presentó á su paso por Sahagun á María de Padilla, sobrina de doña Isabel de Meneses, y joven de rara belleza, que no tardó en enamorarse al rey de tal manera, que inmediatamente se casó en secreto con ella. Este accidente, que de otra manera nos pareceria monstruoso, fué sin duda hábilmente preparado por el infame favorito. Despues de algunos dias de estancia con la que tanto le prendara, ansioso de sofocar la rebelion partió el rey á Aguilar; rindió antes á Cabezon, y tomó por asalto el 3 de febrero de 1353 la villa de don Alfonso Coronel, que fué ajusticiado como otros muchos señores.

Partió de allí Don Pedro para Córdoba, donde acompañado de su amiga fué recibido por los habitantes con muestras de júbilo. Mientras que el rey se dirigia á Toledo, llegaba la princesa Doña Blanca á Valladolid, y se preparaban las bodas con gran premura. Vió Don Pedro entonces lo que habia hecho, pero ya no habia remedio; el Estado, su palabra, le llevaban á la señora francesa; sus amores privados á la Padilla. Cedió; y si su consentimiento fué un terrible mal para la egregia princesa, no sabemos de otra manera si se hubiera salvado Castilla, como pretenden probar los defensores de Don Pedro. Sea de ello lo que quiera, verificáronse los esponsales del monarca de Castilla con la princesa extranjera, siendo padrinos Don Alfonso de Alburquerque y la reina de Aragon, y en medio de un gran aparato y majestad. Pasó Don Pedro solos dos dias con su consorte, pues deseoso de ver á la Padilla, huyó en secreto á pesar de los ruegos de su madre y su tia Doña Leonor, con las cuales fingiera asentir, para luego sumirlas en mas profundo desconsuelo. Irritó esto al favorito de quien el rey desconfiaba ya, y uniéndole sus instancias á las de la reina madre y algunos nobles, tratóse de sacar al rey por fuerza de brazos de su concubina. Consiguióse, por último, que don Pedro volviera, pero para solo estar otros dos dias con la desventurada Doña Blanca, odiar á Alburquerque de todo punto y desconfiar hasta de su misma madre, volviéndose despues al lado de la Padilla á Olmedo, mientras que el favorito concedor ya del odio que le mostraba el monarca y temiendo con razon su ira, se puso en salvo, refugiándose á Portugal con otros caballeros.

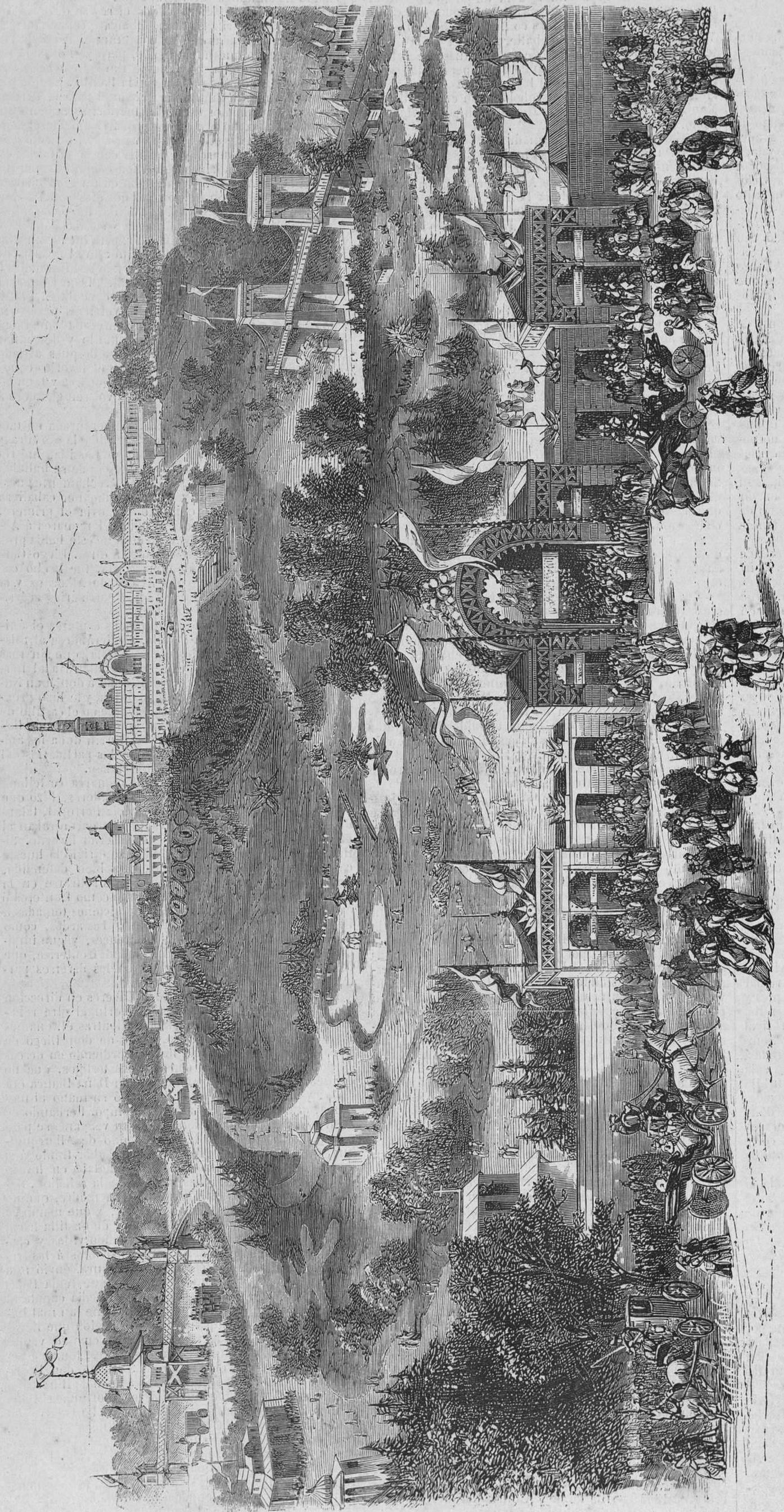
Encontrábase Doña Blanca bien desventurada en medio de estos sucesos. Joven, sola, perdida la ventura y la ilusion que se formara del trono de Castilla, fué relegada desde el alcázar de Valladolid, donde se hallaba, á Arévalo, y allí, por orden del rey, estrechamente guardada por Pedro Gudiel y Tello Palomeque, caballero toledano el segundo y obispo de Segovia el primero. Señalóse ya definitivamente el odio del monarca á Alburquerque, pues todos los empleos que este habia proveido en su privanza, fueron dados á otros. Diego Garcia de Padilla, hermano de doña María, fué hecho camarero mayor; tuvo la copa Alvaro de Albornoz y la escudilla Pero de Mendoza, ambos partidarios acérrimos de la ya favorita.

Entonces se procuró de todos modos captarse el ánimo real por medio de la Padilla, apoderándose al mismo tiempo del rey tal deseo de servirla, que sin mas preámbulo, por dar el maestrazgo de Calatrava al hermano de la misma, su camarero, llamó á don Juan Nuñez de Prado, maestre de aquella orden, y le hizo prender por Juan de la Cerda, encerrándole en el castillo de Maqueda, en el que murió. Esta, que no se puede llamar justicia de ningun modo, previno sin duda los ánimos castellanos, y dieron pábulo á los partidarios del favorito para la rebelion que proyectaban.

Como aun le eran necesarios al monarca castellano mas Estados que prodigar á sus aduladores, hizo que sus tropas entrasen por Badajoz, hácia Portugal, talando las villas y castillos fuertes que se encontraban al paso, y de las cuales era señor el anterior favorito. Sitiada Medellin y tomada por asalto, se dirigió la hueste castellana hácia Alburquerque, que bien defendida, hizo cejar á los sitiadores, haciéndoles retirarse en la empresa; pero poniendo sin embargo como fronteros ó exploradores en los límites de las posiciones tomadas á Don Enrique y Don Tello, hermanos bastardos, como sabemos, del rey, y á su favor entonces, y que impidieron las salidas de los de la ciudad fronteriza, que fueron causa de muchos debates en los diversos partidos.

No lejos se hallaba don Pedro de Cáceres en direccion á esta ciudad, y ya se tramaba en Portugal otra rebelion contra su trono y sus Estados. Mientras él, enamorado de doña Juana de Castro, viuda de don Diego de Haro, señora de extremada belleza, ardiendo en deseos de poseerla, convenciola con algunos testigos, que no escasearon, de que su casamiento con Doña Blanca era nulo, y ella, cayendo en el lazo, dió su mano al monarca, que la abandonó al poco tiempo. Fernando de Castro, hermano de la ofendida, para vengarse se pasó con otros muchos caballeros al bando de Alburquerque, que unido á los bastardos que habia traído á sí por medio de amistosas ofertas, no vacilaba en levantar gentes y tremolar el estandarte de la rebelion. Secundó sus proyectos la vengativa reina madre, que no perdonaba ni aun las faltas de su hijo, y que mandaba fuerzas á Portugal. Acercábase el rey de Castilla hácia los Estados del antiguo favorito, tomando villas y castillos, y llevando por todas partes vencedoras á las tropas castellanas. Hallándose cerca de Segura, envió una embajada á Alburquerque, embajada que tenia todas las formas de un reto, pues en ella se pedia cuenta al ex-favorito del uso de los fondos reales que tan mal habia dirigido. Es de suponer la contestacion que llevarian los embajadores al rey Don Pedro, cuando vemos á este, furioso, adelantarse con sus gentes, tomar á Segura defendida por el Maestre de Santiago don Fadrique, al mismo tiempo que ordena á Juan de Hinestrosa que desde Arévalo conduzca á la infortunada Doña Blanca á Toledo. Mal acertado anduvo el monarca en esta orden; porque la asfida reina al llegar á Toledo, acogióse á Dios en su desgracia, entró en la catedral á orar, creyéndose mas que segura en aquel recinto, y los toledanos, compadecidos de su estado, corrieron á cerrar las puertas, se alzaron en su favor y tomaron las armas para defender á la verdadera reina.

Corria don Fadrique al frente de algunos rebeldes y



HAMBURGO. — Vista general de la Exposición internacional de horticultura.

penetraba en Castilla, mientras que Don Pedro, sabedor de esto, desde Segura se retiraba á Ocaña, depoiendo al rebelde del Maestrazgo de Santiago, para conferírsele indebidamente á Juan de Padilla, casado, y por lo tanto inhábil para tan elevado cargo. De Ocaña partió el rey, sumamente irritado, á Tordesillas al lado de su madre, y cuando deseaba salir de la ciudad para juntar tropas, vióse repentinamente cercado por las de los confederados, que le enviaron un cartel diciéndole separase los Padillas del valimiento regio, ó que, á no hacerlo así, la guerra se entablaría. Aunque una mujer hermosa, parienta del rey, fué la portadora de esta embajada, no pudo conseguir nada, volviéndose cual había ido. Sin embargo, dejóse salir de Tordesillas al rey, acompañado de su madre, que procuraba traerle á las exigencias de los confederados.

Cuando el rey Don Pedro y su madre llegaban á Valladolid (1354), supieron que esta ciudad no quería admitirlos, y se retiraron á Medina del Campo. Los orgullosos partidarios de Alburquerque veían triunfante su causa, pues la mayor parte de la nobleza castellana, rebelde como toda la nobleza de la época, corría á agruparse bajo las banderas del favorito. Ocurrió en tonces en Portugal la inesperada muerte de don Juan Alfonso Alburquerque, con lo cual parecía natural que cesase la discordia tanto tiempo ya sembrada en Castilla. Pero todo al contrario: los confederados, teniendo á su frente al mayordomo mayor del difunto, y guiados al combate por el cuerpo muerto de Alburquerque, metido en un ataúd, según había ordenado en su testamento, juraron seguir firmes en su propósito de apartar á los Padillas del trono.

José G. JOVE y F. LUNA.

(Se continuará.)

## Exposicion

INTERNACIONAL DE HORTICULTURA  
EN HAMBURGO.

Las exposiciones forman en el día una parte de cada uno de los ramos del trabajo, y las vemos multiplicarse por todas partes como uno de los medios mas propios para vulgarizar los progresos de toda riqueza y toda producción. Bajo este concepto las exposiciones de horticultura no tienen nada que envidiar á las exposiciones industriales. El movimiento perpétuo de las comunicaciones que ligan hoy á los continentes y á los pueblos han producido en pocos años la aclimatación en Europa de un número infinito de plantas, flores y árboles frutales, y la Exposición internacional de horticultura de Hamburgo ha permitido á los aficionados poder apreciar el rápido incremento que ha tomado el cultivo hortícola en Europa.

Sabido es con qué pasión los holandeses y los alemanes del Norte cultivan las flores, y así es que la Exposición de Hamburgo presenta un aspecto encantador. A despecho de las dificultades del terreno elegido en las murallas y los paseos públicos de la ciudad, el arquitecto de M. Jurgens ha sabido disponer con tanta habilidad las diferentes partes de su obra, que la Exposición presenta sobre el Elba un panorama grandioso.

Abierta el 2 de setiembre, no ha durado mas de diez días; pero la ciudad de Hamburgo ha recompensado dignamente las mas bellas colecciones expuestas. Los premios eran numerosos en cada una de las series, y el rey de Prusia, la reina de Inglaterra y M. Merck sindico de la ciu-

dad y presidente del comité de la Exposición, habían añadido algunas recompensas extraordinarias á las anunciadas en el programa de la Exposición. L. C.

**Quinto centenario**

DE JUAN HUSS.

Desde hace veinte y cinco años se observa en la vieja Europa un gran movimiento de nacionalidad que un día ú otro debe romper todas las barreras facticias establecidas por la política ó por la diplomacia. Los teheques piden hoy lo que han obtenido los maggyares, la Bohemia no quiere ser menos que la Hungría. En este punto de vista hay que colocarse si se quiere comprender lo que ha ocurrido en Praga en el quinto centenario de Juan Huss, celebrado el 6 de setiembre. Los jefes del movimiento, que se acuerdan de la antigua gloria de Bohemia y quisieran ver su renacimiento, no han desperdiciado la ocasion que este aniversario les ofrecia, sino que al contrario, le han festejado con toda solemnidad. Todo les fué propicio: habia que elevar un monumento, y un monumento que permite evocar con elocuencia los mas bellos recuerdos históricos de la patria.

No han dejado de hacerlo. Durante muchos dias han estado llegando á Praga todos aquellos á quienes inspira algun cuidado la nacionalidad teheque, y á su cabeza marchaban, como era de esperar, los señores Palacky, Rieger, el conde Harrach, Klandy, Zeythamer, Brauner-Skreyowski, Sladkowski y otros. Todos los paises eslavos que reconocen la soberania de Austria habian enviado diputaciones, todos los gremios, cada cual con su bandera, se paseaban cantando el himno nacional. Y en todas las ciudades de Bohemia se veia lo mismo: era una nacionalidad entera que se despertaba y se levantaba á un tiempo.

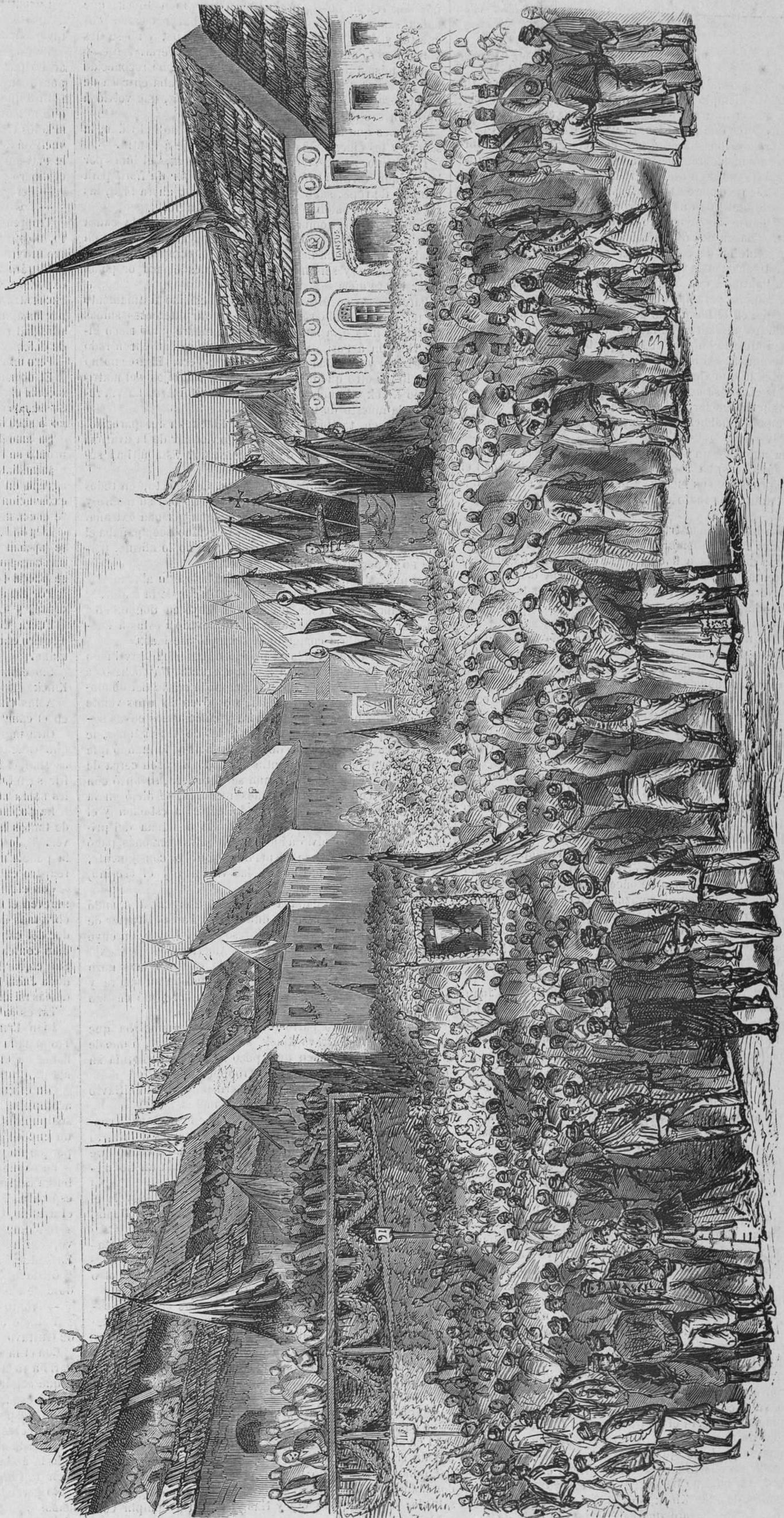
Lo que primero hicieron fué visitar Hussiners, aldea en donde nació Juan Huss á fines del siglo XIV. La casa subsiste aun, humilde y modesta como todas las casas de aldeanos en Bohemia. Diríase que el tiempo ha tenido cuidado de respetarla porque estaba destinada á ser un monumento histórico. Preciso es, en efecto, que la historia ayude á la imaginacion para que esa pobre morada hable al pensamiento y á los ojos. Y sin embargo, era un grande y noble espectáculo el ver desfilar al frente de aquella casa á veinte mil teheques engalanados con los colores nacionales y cantando en coro himnos patrióticos, que en su mayor parte, son del Tabor y de la montaña Blanca. No era solo entusiasmo, habia algo mas, habia un sentimiento profundo del derecho.

Praga es una de las ciudades mas pintorescas que pueden imaginarse, y en medio de aquellas demostraciones patrióticas estaba verdaderamente soberbia. Pero hubo un momento indescriptible y fué aquel en que M. Rieger se asomó al balcon para arengar á la muchedumbre que lo habia invadido todo, hasta los tejados de las casas. M. Rieger es un orador de gran talento; en Viena todo el mundo se calla cuando él se digna hablar, y amigos y enemigos sufren igualmente el yugo de su elocuencia.

¿Qué dijo á aquella asamblea? Ni la memoria mas feliz podria repetirlo; pues hay algo que no se repite, y es el tono, el ademan, el acento del orador. Mientras se le oye hablar está uno hechizado, y cuando ha concluido preciso es limitarse á atestiguar que el efecto ha sido inmenso.

Las fiestas de Praga dejarán en la nacion teheque un recuerdo profundo,

G. R.



Colocacion de un medallon en la casa de Juan Huss, con motivo del quinto centenario de su nacimiento.

## Revista de Paris.

Estamos pasando unos días de grandes emociones. Un crimen, sin ejemplo afortunadamente en los anales judiciales, tiene consternada á la población de Paris, que sigue, con un interés que no decae un instante, las diversas peripecias del horrible drama á que nos referimos, lleno de sorpresas, de incidentes inesperados, de complicaciones que todavía á la hora en que escribimos, no han concluido de ponerse bien en claro. La curiosidad pública se halla excitada á un punto de que pueden dar testimonio los editores de periódicos. Hay diario que tira hasta 500,000 ejemplares. Otros hacen dos ó tres ediciones cada día, que se arrebatan la gente en las calles, deseosa de no perder el hilo de las investigaciones de la justicia. El teatro del crimen, que está en Pantin, á una media hora de Paris, es como un lugar de romería para los habitantes, y lo mismo en los bulevares que en el bosque de Boulogne, se observa que gran parte de los paseantes ordinarios han tomado el camino de Pantin, imitando en esto al bajo pueblo que llena incesantemente aquellos sitios con sus tumultuosas oleadas.

¿Qué es lo que viene á buscar ahí esa multitud en la que todas las clases se confunden?

Viene á presenciar las pesquisas de la justicia, que en ese campo de maldición está haciendo una horrible cosecha de cadáveres.

Sí, la mano de un criminal (hasta ahora no se sabe que tenga cómplices) ha asesinado á toda una familia, con el fin de apropiarse sus bienes, y la ha sepultado en ese campo de Pantin, que tanto excita en la actualidad la atención pública.

Es una historia monstruosa.

El lunes 21 de setiembre, un labrador que iba á trabajar su campo descubrió á flor de tierra un pedazo de pañuelo ensangrentado, y haciendo una excavación, desenterraba un cadáver. Horrorizado, pide auxilio, llega gente, acuden soldados del fuerte inmediato, y sacan con horror de la tierra hasta seis cadáveres calientes todavía.

Era una madre y sus cinco hijos; la mujer de unos cuarenta años, y los niños desde cuatro á diez y seis, todos bien vestidos, con trajes de paño fino y con algunas alhajas, y todos acribillados á puñaladas.

La autopsia reveló despues toda la saña con que se cebó el criminal en sus desdichadas víctimas.

La madre, que estaba embarazada de seis meses, tenía veinte y cuatro heridas de cuchillo y de hacha, casi todas por detrás, y en los senos y el rostro.

La niña mas pequeña (dos años de edad) era la mas mutilada: su camisa y su capita impermeable estaban acribilladas, su cráneo aplastado, arrancado el corazón, abierto el vientre y cortados los intestinos. Su ojo derecho estaba fuera de su órbita.

El hijo mayor, de diez y seis años, recibió golpes menos violentos, pero mortales. Los otros dos hermanos, el uno de catorce años y el otro de once, aparecian con grandes heridas en el cuello, en el corazón y en el semblante. Por último, el otro niño, de ocho años de edad, tenía el cráneo y el costado izquierdo como aplastados por los golpes.

Así se encontró á esta infeliz familia, que veinte y cuatro horas antes disfrutaba de una felicidad inalterable.

Pronto se descubrió su procedencia y su nombre.

Era la esposa de un fabricante de Roubaix llamado Juan Kinck, que había venido á Paris el domingo por la mañana con aquellos cinco hijos, en busca del mayor llamado Gustavo, que debía encontrarse en esta capital con su padre hacia mas de un mes.

Dícese que un botón del pantalón de uno de los niños asesinados, que llevaba el nombre de Tomás, en Roubaix, fué el indicio que produjo el descubrimiento de la identidad de las víctimas. Inmediatamente se enviaron las fotografías á Roubaix, y el sastre Tomás reconoció al instante á cada uno de los miembros de la familia Kinck.

Esta familia habitaba en Roubaix. El jefe de ella, Juan Kinck, oriundo de Alsacia, era un buen obrero mecánico que trabajaba por su propia cuenta, y fabricaba artículos para las manufacturas, que le habían dado ya una fortuna de mas de 100,000 francos.

En junio de 1847 se había casado con Hortensia Roussele, natural de Tourcoing, y había tenido ya seis hijos, Gustavo en 1853, Emilio en 1856, Enrique en 1859, Aquiles en 1861, Alfredo en 1863, y por último, Hortensia, una preciosa niña que nació el 3 de agosto de 1867.

Todo esto se averiguó prontamente; pero lo que faltaba era descubrir al autor del crimen, é indagar también el paradero de Juan Kinck y de su hijo Gustavo.

Tres días pasaron, tres días de ansiedad terrible, sin que se acertara á vislumbrar ni el mas ligero indicio, y entonces se hicieron conjeturas que pusieron el colmo al horror que inspiraba ya el crimen.

¿Por qué no aparecian el padre y el hijo?

Ocho días antes un jóven de estatura ordinaria, de unos veinte años de edad, de ojos negros y barba negra, se presentó á pedir un cuarto modesto en el *Hotel du Chemin de fer du Nord*, 12, bulevar Denain. En el registro se inscribió con el nombre de Juan Kinck, obrero mecánico, procedente de Roubaix, donde declaró que habitaba en la calle de l'Alouette; permanecía poco en el hotel y pagaba el gasto cada día.

El domingo á las seis de la tarde, una señora y cinco niños llegaron al hotel, preguntaron por Juan Kinck, que había salido; se alejaron despues de haber elegido dos cuartos y dejado un cesto que contenía ropa, y no se les volvió á ver, aunque la señora dijo que volvería.

A la misma hora el mismo jóven, que se ha reconocido por las señas que damos mas arriba, compraba en casa de un herrero de la Vilette, una pica y una pala, que volvió á buscar á eso de las ocho.

Sabemos que á las once y media el mismo individuo, la señora y los cinco niños fueron en carruaje á Pantin.

El asesino, se decía, es aquel jóven; además el lunes por la mañana volvió al *Hotel du Chemin de fer du Nord* para cambiar de ropa, salió y no se le vió mas; ahora bien, las ropas que dejó estaban manchadas de sangre.

Kinck era el nombre que había dado. En la causa consta así, como también que habitaba recientemente en Roubaix una familia del mismo apellido, compuesta del padre, la madre y seis hijos, de los cuales el mayor podía tener veinte años.

Parece ser que este último había recibido últimamente un poder que debía servirle para cobrar diferentes sumas pertenecientes á la familia. Luego la madre y los cinco hijos vinieron á Paris, y ellos son los que se han encontrado enterrados y asesinados en el Chemin-Vert. El asesino no pareció ser otro que el primogénito de los hijos del matrimonio Kinck, el cual, para apropiarse el dinero, habría reusado la muerte de toda la familia.

Ahora bien, también el padre, M. Kinck, ha desaparecido. ¿Será cómplice de su hijo? ¿Ha sido víctima de la avaricia y del sanguinario furor de ese monstruo? Esta última suposición parecía mas admisible.

No se creía que hubiera cómplices. Con efecto, en todos los puntos en que se había visto al asesino con su madre y su familia, no les acompañaba ninguna persona extraña. Un mozo del hotel declaró que un individuo acompañaba el lunes por la mañana á Juan Kinck, pero no lo afirma, porque no le permite hacerlo su memoria.

Así pues, Juan solo habría premeditado este abominable crimen; él es quien habría elegido el lugar de la matanza, quien habría abierto de antemano el hoyo en donde debía enterrar á sus víctimas, quien habría llevado á estas á Pantin, y quien habría cometido el sextuplo asesinato.

¿Cómo un hombre solo ha podido cometerle? Muy luego se encontró la contestación á esta pregunta. Un cochero de un carruaje de alquiler declaró que en la noche del domingo, á eso de las once y media, un jóven de unos veinte años, acompañado de una señora y cinco niños cuyas señas correspondían perfectamente á las de las víctimas, le llamó cerca de la estación de Aubervilliers y le mandó que les llevara al camino de Pantin. Cuando llegaron cerca de la estación, el jóven le dijo que se detuviera, se apeó con la señora y con dos de los niños menores, se alejó en la dirección del Chemin-Vert, situado entre la estación y el fuerte de Aubervilliers, pero á bastante distancia del primer punto, luego volvió á buscar á las otras personas, pagó al cochero y se fué en la misma dirección. Por consiguiente, no llegaron por el ferro-carril las víctimas y el asesino, como se dijo en un principio.

Todo el mundo se hallaba en esta falsa creencia, cuando el jueves por la mañana se difundió en Paris el rumor de que Gustavo Kinck había sido preso en el Havre, en cuyo puerto trataba de embarcarse para América.

La noticia de una victoria no habría causado mas gozo en la población: ¿con que ya el verdugo de su madre y sus hermanos estaba en poder de la justicia? ¿Qué castigo imponerle? La pena de muerte parecía poco.

Pero en esto, otro parte telegráfico nos anunciaba que el preso no era Gustavo Kinck, sino su cómplice, ó uno de sus cómplices, un jóven que poco mas ó menos tenía su misma edad, y que se llamaba Troppmann.

Las circunstancias de su breve permanencia en el Havre y de su prisión se contaban de mil maneras.

De todo ello resulta que el martes por la mañana Troppmann llegó al Havre, y examinando los buques del puerto trabó conversacion con un tal Doursou, á quien confió que pensaba marchar á Nueva Orleans, donde tenía un tío millonario.

Su conversacion era extraña: hablaba de la novela el *Judio Errante* y decía que el personaje famoso de Rodin, era su tipo y su ideal.

¿Qué quería decir con esto? ¿Que así como Rodin trataba de deshacerse de toda la familia Rennepont para quedarse con la herencia, así también él había pensado otro tanto respecto de la familia Kinck?

Sea lo que fuere, lo cierto es que Doursou entró en sospechas, sobre todo cuando le enseñó un paquete de billetes del banco inglés, y al punto dió parte á la policía.

Un gendarme le prendió en una taberna.

Troppmann se dejó llevar sin resistencia; pero en el camino halló ocasion para escaparse del gendarme y arrojarle al agua.

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¿No hay nadie que sepa nadar? ¿Que cojan á ese hombre, que es un asesino!

El caiafate Auguste Hauguel, sin desnudarse se lanzó en pos de Troppmann.

Entonces se empeñó una lucha terrible entre aquellos dos hombres: Troppmann quería arrastrar consigo á su salvador y perecer con él, y Hauguel quería cumplir con su deber y sacarle sano y salvo.

Y así lo consiguió: los facultativos completaron la obra aplicándole los remedios que necesitaba, y algunas horas

despues, Troppmann se hallaba encerrado en la cárcel.

Encontraronle encima diferentes papeles pertenecientes á la familia Kinck y dos relojes, el de Juan y el de Gustavo Kinck.

Despues de haberse dado en el Havre diferentes nombres acabó por decir el verdadero, cuando vió que le tomaban por Gustavo.

Dijo que había tomado parte en el crimen, por dinero, que lo había visto todo; que el padre, el hijo y él habían sido los tres autores; que despues del asesinato no había vuelto á ver á Juan Kinck, y que Gustavo Kinck fué quien le entregó los papeles que le encontraron y quien le dió el dinero para fugarse.

— Pero ¿y el motivo del crimen?

— Los celos.

Troppmann vino á Paris, con buena escolta por supuesto, no porque se temiera ya otra escapatoria, sino porque era muy necesaria para protegerle de las iras populares.

Llevaronle á la Morgue, á ese siniestro lugar en donde exponen los cadáveres que por crimen ó por accidente se encuentran abandonados en la vía pública ó arrastrados por las aguas del Sena á sus orillas, y con la mayor impasibilidad reconoció á sus víctimas é insistió en su sistema de defensa.

Pero una prueba terrible debía desmentirle muy en breve.

El domingo último por la mañana un mozo de una carnicería atravesaba el campo del crimen con su perro, cuando hé aquí que el animal se pone á olfatear la tierra y luego á socavarla enérgicamente.

Su amo le ayuda con un palo, y despues para acabar mas pronto se arrodilla para sacar la tierra con sus manos.

Inmediatamente, la multitud que recorre el campo se agrupa en su derredor, observando con interés aquellas excavaciones practicadas á 27 metros de la fosa en donde se encontraron las primeras víctimas.

Llegan las autoridades, treinta ó cuarenta mil personas se apiñan en aquel reducido espacio, y se necesita toda una compañía de línea y la gendarmería á caballo para que se pueda continuar la obra.

Por fin se abre una fosa de cerca de un metro de profundidad, y en su fondo aparece un cuerpo boca abajo.

Fuera de la zanja descubren que tiene en la nuca un agujero enorme; el rostro apenas presenta ya la forma humana.

Sin embargo, por sus vestidos le reconocen: es Gustavo Kinck.

A las cinco de la tarde este otro cadáver desenterrado en el campo de Pantin, estaba en la Morgue.

Otra impresion indescriptible para los parisienses. Puesto que Gustavo Kinck había perecido también á manos del asesino, era evidente que la misma suerte había debido sufrir su infeliz padre. ¡Y á ellos dos durante muchos días se les había acusado del crimen!

La población dolorosamente conmovida, acude al campo de tantos horrores, prometiéndose descubrir el último cadáver. Todo el mundo quiere poner manos á la obra; pero la policía interviene y se dispone para el día siguiente un registro en toda regla.

Con efecto, tres arados tirados por briosos caballos remueven el terreno en toda su extension, presenciando esta obra mas de cincuenta mil personas agrupadas en derredor del campo. Los soldados y los gendarmes apenas podían contener á esta multitud que crecía incesantemente. Sin embargo, la operacion no dió resultado alguno; sin duda Juan Kinck ha sido asesinado en otra parte que los demás miembros de su infortunada familia.

Tal es la creencia en que se está hoy.

Juan Kinck, el jefe de la familia, veía diariamente á Troppmann en Roubaix: allí le confiaba sus proyectos y le habla de un viaje que quiere hacer á Guebwiller, su pais natal.

Con efecto, emprende su viaje: Troppmann le sigue ó le acompaña; le asesina cerca de Guebwiller, se apodera de sus papeles, y llamándose Kinck quiere cobrar en el correo un giro de 5,500 francos á favor de este; pero sin lograrlo, porque no puede probar su identidad.

Pocos días despues llega Gustavo Kinck á Guebwiller en busca de su padre, que con sorpresa no encuentra allí como esperaba. También quiere cobrar las letras que le entrega el asesino, quien deja en Guebwiller á Gustavo.

Desde Paris le manda un telegrama diciéndole: «Gustavo, ven á Paris, tu padre te espera en el hotel del Norte. Firmado: Kinck.»

Gustavo sale de Guebwiller el 16 de setiembre despidiéndose de sus parientes con estas palabras:

— Pronto volveré.

Y desde este instante no se sabe ya cuál es el paradero de Gustavo.

Con el mismo nombre de Kinck, Troppmann hace venir á Paris á toda la familia cuya destruccion se había propuesto, y que seguramente ha llevado á cabo.

Con espanto se pregunta la gente si habrá sido él solo quien, despues de haber asesinado y enterrado á Juan Kinck en las cercanías de Guebwiller y á Gustavo Kinck en la llanura de Pantin, en la noche del 17 de setiembre, habrá tenido la audacia, la perversidad y la energía necesarias para abrir la tumba de las últimas seis víctimas.

No parece admisible, y sin embargo, hasta ahora, segun hemos dicho ya, no parece que se haya descubierto ningun cómplice.

Troppmann es de apariencia endeble, pero en realidad tiene una fuerza poco comun, y es un hombre atrevido y

resuelto, muy tenaz, y de una sangre fría imperturbable.

A los veinte años, cuando se halla bajo el peso de una acusación tan terrible, la energía no le abandona un momento: lo mismo en el Havre que en París, las vociferaciones de la multitud que quería tomarse la justicia por su mano, no consiguieron turbarle en lo más mínimo; en la cárcel se muestra sereno y silencioso; en la Morgue y en presencia de sus seis víctimas, demostró una calma glacial que horrorizó á todos los presentes; con el mayor desden y con la indiferencia más completa, fué designando una por una á todas ellas y diciendo sus nombres.

Tal es la historia, desnuda en lo posible de las conjeturas contradictorias que se han hecho sobre ella en los periódicos. Sin embargo, estos apuntes contendrán errores también, y vacíos y puntos inexplicables; pero hasta tanto que la información no esté concluida, no es posible dar una relación que no adolezca de todas esas faltas. De todos modos, los hechos ahí están, mientras la justicia da por terminado su cometido.

MARIANO URRABIETA.

## Poesías.

### UN RAYO DE SOL.

¿Quién no gozó momentos de ventura  
Y quién no halló esperanza á sus dolores?  
¿Quién en su árida senda algunas flores  
Para ceñir su frente no encontró?  
¿Qué ave del mar, errante en la borrasca,  
No halló ribera ó roca hospitalaria?  
¿Cuál fué el alma en el mundo solitaria  
Que una mano de amigo no estrechó?

No nació el hombre condenado al llanto  
Siempre á gemir en mísera existencia,  
Ni en su viaje á llevar por sola herencia  
La flaqueza, la sombra y el pesar:  
Hay flores en el valle de la vida  
Para tejer guirnalda á la frente;  
Y nace el sol magnífico en Oriente,  
Y se rompe el crespon de oscuridad.

¿Llorar? ¿Por qué, cuando la vida es bella,  
Y hay en la creación tanta hermosura?  
¿El mundo es un paisaje de ventura,  
El alma es el santuario del placer!  
¿Por qué traer el desaliento amargo  
Al empezar la senda de la vida,  
Si ella á gozar en su mansión convida  
A apagar en sus fuentes nuestra sed?

¡Oh! no juzgueis al cielo bondadoso  
Tan airado en sus obras con el hombre;  
¡Oh! no penseis que al eco de su nombre  
Revienta la irritada tempestad.  
Ese Dios, que domina en los espacios,  
No tiene el ceño torvo, el rostro airado:  
En alas de los ángeles llevado  
Él crea y no destruye, es Dios de paz.

Él la tierra pobló de hermosas flores,  
Con vetas de oro encadenó los montes;  
Vistió de luz inmensos horizontes,  
Y de estrellas el cielo coronó:  
Dió ser al universo, al hombre aliento,  
Placer al alma, al corazón grandeza:  
Amor para adorar á la belleza,  
Para ceñir laureles ambición.

¡Mirad el mar! ¡Tended por sus espacios  
La vista, vedlo dilatarse al lejos  
Sobre el limpio cristal de sus espejos,  
Donde el vasto horizonte va á morir!  
Se alza en su seno púdica y hermosa  
De las plácidas ondas halagada,  
La luna que á la esfera plateada,  
Como virgen doliente, va á subir.

Ved, cómo nace el sol. Rasga la niebla  
Su lóbrego capuz y se abre el día;  
Y en una sola espléndida armonía  
Se confunden la tierra, el cielo, el mar.  
Su vigorosa lumbre se derrama  
Por el espacio, y á su rayo ardiente  
Crecen la flor, el árbol y el torrente  
Que hace fértil la vasta soledad.

Rica la roja mies en el estío  
Al invierno da pan; y en fruto opímo  
La hermosa vid descuelga su racimo  
Cuando vemos el sol palidecer:

La lluvia de los cielos descendida  
Humedece la tierra, otra vez arde  
El sol, y vuelven á venir más tarde  
La flor, el fruto, el árbol y la mies.

Y tú, mi bien, cuando retumbe el trueno  
Y ruja solitario en la montaña,  
Y el mar se agite en confusión extraña  
Arrancando lamentos de dolor,  
En apartado hogar, sin que te asuste  
De invierno triste la estación pluviosa,  
Me contarás una leyenda hermosa,  
La historia de tu amor y de mi amor.

Los que os juzgais, errantes peregrinos,  
Atados ¡ay! á funeral cadena,  
Tended la vista á la región serena  
Donde su trono de oro eleva el sol.  
Ved su rayo de luz. En vuestras almas  
Dad luz también al lóbrego vacío;  
Rasgad el velo que lo enluta impío,  
Y lance altivo vuelo el corazón.

Que es templo de placer el universo,  
Coronado de inmensos horizontes;  
Las nubes son diademas de los montes,  
Los astros son el trono del Señor:  
El valle tiene alfombra perfumada,  
Voz el torrente entre la selva umbria,  
El universo espléndida armonía,  
Y el alma poderosa inspiración.

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

### La nieta de Ruy-Perez.

(Tradición alavesa.)

AL DISTINGUIDO ESCRITOR DON RAMON ORTÍZ DE ZÁRATE.

(Conclusion.)

Del infante á la regia comitiva  
Que sus guerreros planes rechazó,  
Con noble orgullo, con mirada altiva  
Y varonil aplomo, contestó:  
« — Vais á partir, hermanos y señores,  
Dios y la Virgen velarán por mí;  
Confiada en tan buenos protectores  
Podré vuestros peligros compartir.

Quiero mostrarme en la tenaz porfía  
Que ora en el campo á decidirse va,  
Firme como la *Peña de Gobia*,  
Que nombre al valle que habitamos da.  
Un corcel, una espada, una armadura  
Y me vereis lidiando con valor,  
Que el choque de las armas de pavura  
No ha de pensar jamás mi corazón.

Para entrar en combate con pujanza  
Aliéntame denuedo varonil,  
Y el bote rudo de potente lanza  
Puede sobre un caballo resistir. »

El noble infante que escuchó á María  
Su bélico entusiasmo combatió,  
Mas todo inútil fué y el mismo día  
Solitario el castillo se quedó.

V.

Con las huestes de Castilla  
En Atienza se encontró,  
Cierta día que por Rioja  
Se internaba el de Aragón.  
Los heráldicos escudos  
Que los guerreros de pró  
Adornaban con un mote,  
Con un rizo ó una flor,  
Cuando sus rayos de fuego  
Vívido lanzaba el sol,  
Dibujaban mil cambiantes  
De caprichoso color.  
Mas era entrada la tarde  
Cuando se empezó la acción,  
Que la sombra de la noche  
Oportuna suspendió,  
Cortando el golpe seguro  
Del acero vengador.  
De trompas y de atabales  
En breve rato cesó  
Allá en lejano concierto

El pavoroso rumor,  
Y vuelta la calma al valle,  
Aluego que oscureció,  
Encapotaba la luna  
Un parduzco nubarrón,  
Cuando un osado jinete  
Sin conocer el temor,  
De Castilla al campamento  
Atrevido se acercó.  
Pero el soldado, que hacia  
Centinela á la sazón,  
Que una sombra dibujarse  
Entre los árboles vió,  
Sin vacilar un momento  
Yendo de la sombra en pos  
Dándole un eco de alarma.  
El silencio interrumpió.

— ¿Quién vive?  
— Vuestro enemigo.  
— ¡Mi enemigo!

— Sí, por Dios,  
Y aunque parece estais ronco  
A juzgar por vuestra voz,  
Veremos si sois valiente  
Como franco he sido yo.  
— Ninguno me hizo el ultraje  
De dudar de mi valor.  
¡Aragónés!

— ¡Castellano!  
— ¡Las armas!  
— ¡Rendidlas vos!

Cada cual el acicate  
Mutuamente sepultó  
En la piel dura y lustrosa  
De su arrogante bridon,  
Y encontrándose en el choque  
Con iracundo valor,  
Echando mano á la espada  
Hecho astillas el lanzón,  
En su empuje soberano,  
Cual la centella veloz,  
Al incógnito jinete  
El soldado desarmó,  
Y cruzando aquel los brazos  
Dijole á su vencedor:  
— ¡Por Santiago! ¡centinela!  
Me vais á decir quién sois,  
¡Por quién se encuentra vencido  
Don Alonso de Aragón!  
Así que humilde el soldado  
La celada levantó  
Dejó de María Perez  
Ver el rostro encantador.

VI.

Gomez y Albar persiguiendo  
La morisma turba odiosa,  
Hallaron tumba gloriosa  
De cien victorias en pos;  
Y la nieta de Ruy-Perez  
Que les igualó en bravura,  
De un convento en la clausura  
Se encerró á servir á Dios.

Esposa fué de don Vela,  
Hijo del rey de Navarra,  
Pues aluego que bizarra  
Venció al regio paladin,  
Admiró en ella el infante  
Del guerrero la bravura,  
De la mujer la hermosura  
Y el candor del serafín.

Ambos tuvieron un hijo  
Que, así que llegó á ser hombre,  
De su ilustre madre el nombre  
Legó á la posteridad,  
En tanto que la heroína,  
Viuda al fin de su carrera,  
Hacia una vida austera  
Del claustro en la soledad.

Vencedora de un guerrero  
Que ceñía una corona,  
La dió el nombre de Varona  
El mismo rey de Aragón,  
Y en su antigua fortaleza,  
Que el tiempo no ha derruido,  
Conservan este apellido  
Los que heredan su blason.

OBDULIO DE PEREA.

## El istmo de Suez.

(Continuación.)

EL-GUISR.

Iglesia de Santa Maria del Desierto. — Mezquita de Mariam. — Casa de la direccion, habitada por el ingeniero italiano señor Gioia.

Entre los lagos Ballah y Tim-sah, á 72 kilómetros de la entrada del canal de Puerto-Said, se encuentra una inmensa duna de arena de 20 metros de alta, que se extiende en un espacio de cerca de cuatro leguas.

Es el *seuil* de El-Guisr.

Al través de esa aglomeracion de terrenos, fluidos digámoslo así, era preciso seguir abriendo el cáuce del canal marítimo. La tarea no era fácil, y á la verdad infundía grandes recelos. Tratábase en efecto, de extraer una masa de ocho millones de metros cúbicos y constituir márgenes de 19 metros de altura con una arena cuya extremada divisibilidad hacía temibles los hundimientos periódicos. Pues bien: aquí también el trabajo inteligente venció á la naturaleza. No se alcanzó el fin sin esfuerzos; pero lo cierto es que el éxito ha sido completo.

Allí es donde trabajaron los 20,000 fellahs, cuyo concurso había acordado el gobierno egipcio. Estos operarios indígenas, reclutados sin la intervencion de la Compañía, eran trasportados en vapor y por ferro-carril al lugar del trabajo, donde bajo la vigilancia de sus jefes de aldea, que ejercían la justicia y mantenían el orden, removían la arena con los azadones triangulares, la cargaban y la descargaban al otro lado de la orilla. Los fellahs, divididos por escuadras, estaban considerados como los demás obreros europeos. Por escuadras les distribuían los víveres. Los días de paga cada jefe recibía el dinero y le repartía entre sus hombres. No hacían trabajo de siervos.

Los fellahs solían trabajar de noche durante los fuertes calores. Veíase entonces aquel hormiguero de hombres yendo y viniendo al través de las arenas, que se agitaba, se agrupaba y se diseminaba, los unos excavando el suelo, los otros subiendo á las dunas, donde amontonaban las arenas. Unas picas que clavaban en la tierra sostenían una cazoleta, donde ardía madera resinosa, y á la luz de estas antorchas, llamadas *machallas*, se ejecutaban las obras nocturnas y trabajaba aquel ejército pacífico, de cuyo concurso ha privado el vírey á la Compañía por una disposición reciente.

Sin este contingente tan importante, la direccion encargó á M. Couvreur que extrajera los cuatro millones de metros cúbicos que aun faltaban, y el empresario aplicó á esta obra una maquinaria especial, de su invencion. El aparato se componía de una locomotora que avanzaba sobre unos rails paralelos á la orilla, y que hacía mover perpendicularmente á su flanco una sarta de cubos sobre un plano inclinado. Era el sistema empleado en las norias para sacar el agua.

Estos escarvadores se emplearon también para sacar

arenas bajo el agua hasta la profundidad de 2 y 3 metros, haciendo así las funciones de una draga, cuyo punto de apoyo está en la tierra firme.

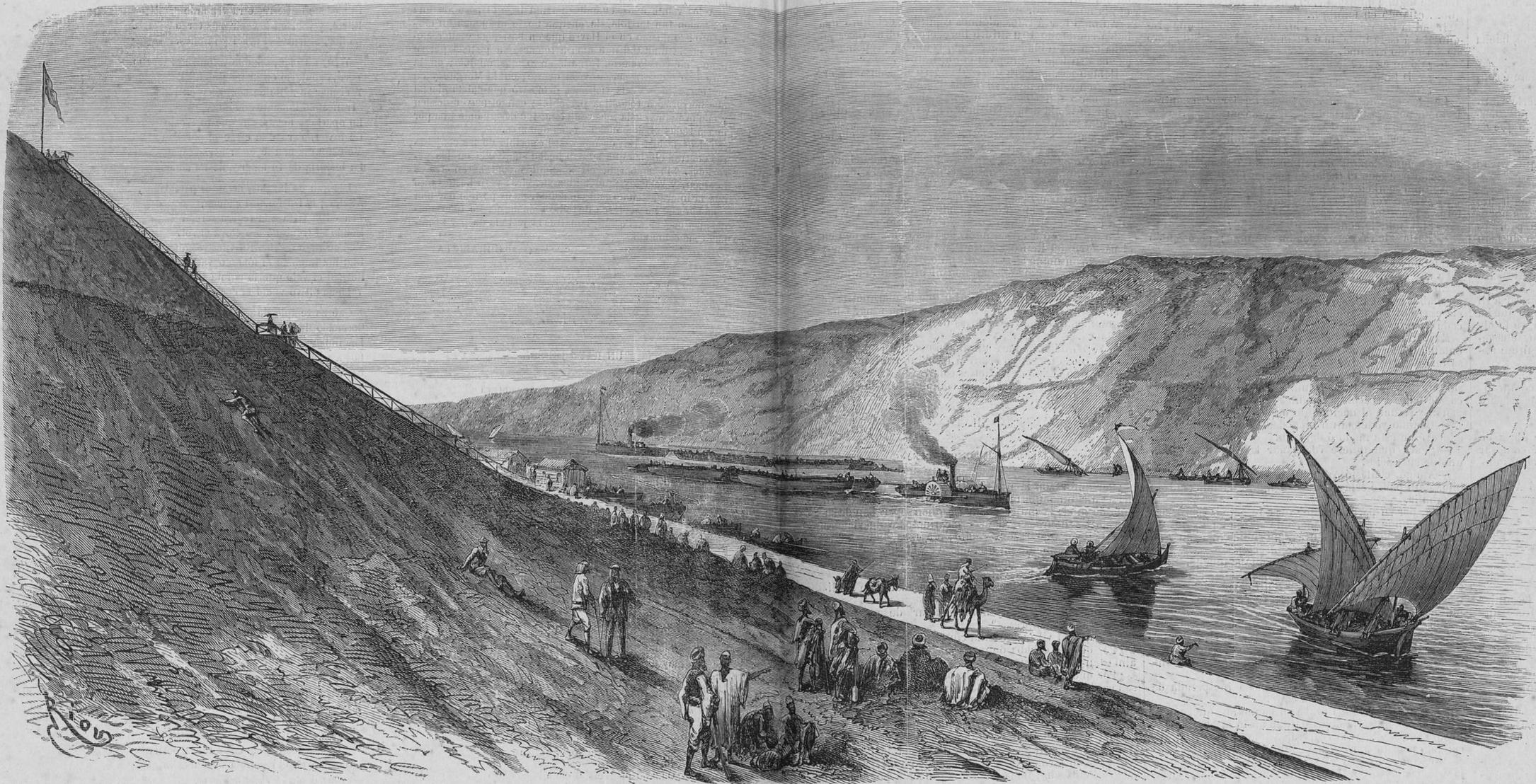
En ciertas partes de la division de El-Guisr el terreno se desmontó á brazo. Los obreros hacían caer montones de arena y nivelaban el terreno al nivel del agua.

Por fin, cuando estuvo abierto un canal suficiente, se introdujeron las dragas que cortaban el cáuce del canal.

El año pasado los obreros de M. Couvreur trasportaron con gran pompa la última pala de arena.

La travesía de este paso era uno de los supuestos obstáculos que debían hacer fracasar la ejecucion del canal.

Pero á esta hora el canal está abierto y las márgenes se sostienen perfectamente.



Canal marítimo de Suez. — Estacion de El-Guisr, vista tomada de la orilla Africa.

El señor Gioia ha utilizado los pocos ratos que le dejaban sus muchas ocupaciones en crear en un punto tan árido un delicioso *cottage*.

La casa no es grande, pero se conoce que el ingeniero que la ha creado es también un artista. Allí se ven porcelanas y muebles raros, hermosos bronce antiguos y los objetos más interesantes del arte oriental. La galería de madera de la fachada, la fuente que da frescura á las palmeras, á los sauces, tamarindos, cactus y eucaliptos del jardín; la pajarera llena de preciosos pájaros; toda esa disposición tan inteligente de las cosas de la naturaleza y de la civilización, da una prueba de las transformaciones que un hombre de gusto puede á la naturaleza más rebelde. El señor Gioia ha cambiado ese rincón del desierto en un oasis de los más civilizados.

La metamorfosis es tan sorprendente, que la casa de la direccion de El-Guisr es una pequeña maravilla que no deja de ver todo el que visita el istmo.

A la izquierda de la calle Mayor y ya fuera de la poblacion se eleva la mezquita de Mariam con su blanco minarete, desde lo alto del cual, por la mañana y por la tarde, el *muezzin* llama á los creyentes á la oracion.

Al leer el nombre de mezquita de Mariam no se debe creer que esa capilla mahometana está como la iglesia católica bajo la advocacion de la Virgen Maria. Nada de eso: los musulmanes, que creen un poco en Jesucristo, como lo prueba este cántico salmodiado por los morabitos:

Nuestro Señor Abraham es el querido de Dios,

Nuestro Señor Moisés es el que habla de Dios,

Nuestro Señor Aisa (Jesucristo) es el alma de Dios,

Pero nuestro Señor Mahoma es el profeta de Dios;

los musulmanes no admiten el culto de la Virgen Maria, y el nombre de Mariam, dado á la mezquita de El-Guisr es una denominacion que encontraremos aplicada á un sitio de las márgenes del lago Timsah, el Djebel Mariam. Cuando lleguemos allí explicaremos su origen. R.

(Se continuará.)

## El bello ideal del matrimonio.

(Conclusion.)

Esta exclamacion admiró á Antonio, porque algunos días antes habia paseado con su esposa por los mismos parajes, habia esta visto el cielo, el mar y las montañas, y sin embargo, no habian producido en ella ningun efecto.

— ¡Es verdad! se limitó á decir Villaverde, y continuaron se paseo silenciosos.

Al cabo de un buen rato vieron á una mujer de unos veinte y ocho años, pobremente vestida, que llevaba en sus brazos un hermoso niño de diez ó doce meses.

— ¡Ah! pensó Julia; ¡qué feliz debe ser esa madre

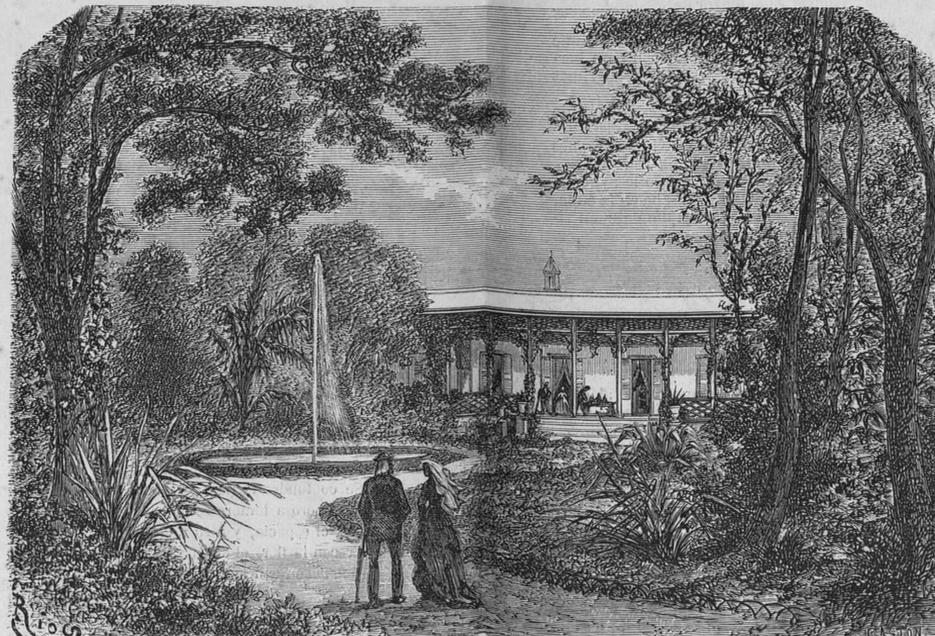
El obstáculo que llamaban invencible se ha vencido. Hoy la inmensa zanja en donde se cruzan los barcos de todas dimensiones destinados á los diferentes servicios, encajona en sus orillas de 19 metros de altura, una sábana de agua de 60 metros de ancha con 8 de profundidad.

En la punta del *seuil* se encuentra una escalera de madera con 110 escalones, que sube á lo largo de la duna y conduce á la cumbre, esto es, al antiguo nivel del desierto.

En la planicie se extiende el campamento de El-Guisr, que cuenta ya 2,000 habitantes. Una avenida conduce á la iglesia católica de Santa Maria del Desierto, á cuyo lado está la bonita casa del señor Gioia, ingeniero italiano de la division, que se ha dado á conocer por su celo cuando tenía á sus órdenes los 20,000 fellahs.



Iglesia católica de El-Guisr.



Casa de la division de El-Guisr, habitada por el señor Gioia, ingeniero.



La mezquita de El-Guisr.

La mujer, que era una pescadora, pasó al lado de los dos esposos.

Julia no pudo menos de detenerla y exclamar:

— ¡Qué niño tan hermoso! ¿qué tiempo tiene, buena mujer?

— Aun no ha cumplido un año.

— ¡Dios le bendiga! añadió Julia deteniéndose á contemplarle; parece un ángel.

— Mejor estaría si pudiera limpiarle y ponerle vestidos como los que llevan los niños de los ricos; pero somos pobres, y lo único que tiene mi hijo es lo que da Dios, salud.

— ¿Le cria usted?

— Sí, señora; ¡pues no faltaba mas, sino que yo no le diera mi sangre!

— Le quiere Vd. mucho, ¿no es cierto?

— Mas que á mi vida, dijo la madre besando la frente de su hijo, que pagó esta caricia con una sonrisa angelical. Es nuestro bien, continuó la infeliz; su padre es pescador, y á veces se nos pasan tres y cuatro días sin vernos; yo soy lavandera y trabajo para ayudarle; pero aunque sufrimos mucho, cuando vemos á nuestro hijo tan robusto, tan hermoso, cuando sonríe á nuestras caricias, no hay felicidad en el mundo que pueda compararse con la nuestra. Ahora mismo vamos á buscar á su padre, que debe estar en la fonda vendiendo lo que ha pescado estos días; y en cuanto vea á su hijo, se le olvidarán las fatigas, desaparecerá su cansancio, le cogerá en sus brazos, le bailará, le cantará... ¡Figúrese usted; señora, si seremos dichosos!

Julia dió un beso al niño y miró á su marido.

— Tenga Vd., buena mujer, dijo Antonio comprendiendo la mirada de Julia; tenga Vd. esas monedas para que no falte nada á su alegría.

Y le dió cinco luises.

— ¡Ah! señoritos, exclamó la pobre madre ébria de gozo; Dios se lo pague á Vds.; con esto podré comprar á mi hijo un vestido nuevo, una gorrita con cintas encarnadas y unos zapatitos...

Cuando se separaron de la pescadora, miró Antonio á su esposa, y vió en sus ojos lágrimas.

— ¿Qué tienes, Julia mia? le preguntó.

— Nada... no es nada.

— ¿Estás llorando?

— No lo creas.

— ¿Y esas lágrimas?

— Son de alegría...

— ¡Julia!

— Sí, Antonio mio, de alegría, porque soy la mujer mas feliz del mundo, porque tu amor me ofrece una ventura que no puede explicarse.

— ¿Qué dices?

— Digo que ha nacido en mi pecho la mas dulce esperanza de la vida.

Y estrechando con el suyo el brazo de su esposo al mismo tiempo que sus mejillas se cubrían de un vivo carmin.

— Digo, añadió, que si el deseo no me engaña, dentro de poco no envidiaré á esa mujer que acaba de separarse de nosotros, y tú serás tan feliz como su marido.

— ¿Es posible, Julia mia? dijo Antonio experimentando una emocion que no puede describirse; ¿es posible?

— Sí, siento latir dos corazones en el mio, siento que hay otra vida en mi vida, siento que voy á ser madre, y te amo mas que nunca.

— ¡Ah, qué felicidad!

— Nada hay en el mundo que pueda reemplazarla.

Los esposos levantaron instintivamente sus ojos al cielo para dar gracias á la Providencia.

En los primeros rayos del sol que iluminaban el azulado firmamento, vieron los dos la primera sonrisa del fruto de su amor, del hijo querido que llevaba en sus entrañas la mas feliz de las esposas.

¿Qué hay comparable con este supremo instante de la vida, en que la madre que no lo es todavia, mas que á los ojos de Dios, da parte de su dicha al hombre que posee todo su amor, al que es su compañero de penas y alegrías?

## XI.

## LA SEGUNDA, INFANCIA.

Antonio estaba loco de contento.

Aunque le habia pedido Julia que ocultase su secreto hasta poder anunciarlo oficialmente, no pensaba mas que en su futura paternidad, y rabiaba por contar á todo el mundo sus esperanzas.

Pero ofreció guardar silencio, y todos hubieran ignorado la causa de su alegría si no la hubiera dejado adivinar.

Dos ó tres días despues de la revelacion de Julia, se pusieron en camino para Madrid, en compañía de los condes.

Antonio no consintió que Julia arreglase su mundo.

— No por cierto, le dijo delante de sus tíos, no quiero que hagas fuerzas... ese continuo subir y bajar podría perjudicarte... hay situaciones en las que todo el cuidado es poco.

Julia le miró para contenerle.

Antonio quiso enmendar su torpeza y mudó de conversacion.

— Tomaremos un wagon para los cuatro, dijo; de esta manera no nos molestarán, y si Julia se ve acom-

tida de alguna indisposición, de un mareo por ejemplo... estando en familia...

Llegó la hora del viaje, y los condes notaron que preguntaba á cada instante á su mujer por su salud, pero de un modo original.

— ¿Cómo estás? le decia.

— ¿Vais bien?

— ¿Necesitais algo?

La idea de que un choque, ó cualquier otro contratiempo, podia asustar á Julia, le tenia en ascuas.

Vamos, era otro hombre.

Al fin llegaron á Madrid, y con asombro de sus domésticos, cambiaron la organizacion de la casa.

Los esposos dejaron de rendir culto á la moda, para no separarse bajo el techo de su querido hogar.

Antonio se aficionó á los hombres casados y con hijos.

— ¿Tiene Vd. familia? preguntaba con el mayor interés á todos los que le hablaban por la primera vez.

— Sí, señor, le contestaban; ¿y usted?

— Hasta ahora no, respondia Antonio; pero quién sabe si mañana...

Cuando el interpelado no tenia descendientes, le trataba con urbanidad, pero sin afecto.

En ciertas ocasiones pronunciaba calorosos discursos en alabanza del amor paternal, y repetia con frecuencia esas mil encantadoras vulgaridades que se oyen á cada paso.

Mas, infinitamente mas que las conversaciones que entablaba con los ingenieros cuando estos le decian que su ferro-carrilera una mina de oro inagotable, le deleitaba oír á los que ya eran padres, á las que habian sido madres, la narracion minuciosa, y á veces prosáica, de todos los acontecimientos que preceden, acompañan y siguen al nacimiento de un vástago.

— Cuando yo tenga un hijo, decia á cada instante, le educaré de este modo ó del otro.

— ¿Para qué quiere Vd. ganar tanto? le preguntó uno de sus socios.

— Amigo, contestó Antonio, mañana puedo tener un hijo, y un padre está obligado á labrar la felicidad de su familia.

Julia, por su parte, aunque mas reservada para con todo el mundo, era tan feliz, que no podia menos de confiar á Antonio las venturas que su imaginacion y su alma, estrechamente unidas, le ofrecian.

Pero aunque le decia algo, le ocultaba mucho.

Cuando salian á paseo, no á la Castellana, sino á la Montaña del Principe Pio, al Retiro ó á la Plaza de Oriente, pasaban las horas muertas viendo jugar á los niños.

No se decian nada, pero se miraban, se comprendian y se adoraban.

Al volver, se detenian delante de los escaparates que contenian juguetes, estampas, trajecitos de niños, envolturas y otros objetos infantiles.

Un día aprovechó Julia una ausencia inesperada de su esposo para salir sola á la calle.

Al volver á su casa, llevaba su paquetito, que ocultó cuidadosamente á la doncella que abrió la puerta.

Aquel mismo día, al regresar Antonio á su hogar, iba cargado con un libro y una cajita de madera envuelta en un papel.

Mas expansivo que Julia, entró en su gabinete, cerró las puertas, y con una alegría mal contenida:

— ¿A que no adivinas lo que traigo aquí? le dijo:

— No por cierto: ¿qué es?

— En primer lugar, un libro.

— ¿Un libro?

— Muy bonito, muy moral y con láminas.

— ¿Qué libro es?

— *Las Turdes de la Granja.*

— ¿Y lo has comprado?...

— ¡Pues! para cuando nuestro hijo sepa leer.

Julia estrechó con efusion la mano de su esposo.

Antonio besó su frente.

— ¡Pero aun hay mas! continuó este: ¿qué piensas tú que puede haber en esta cajita?

— ¿Algun juguete?

— Lo has acertado; es una caja de soldados de plomo.

— Yo los guardaré.

— Sí; pero no vayais á jugar solos los dos... yo tambien tengo parte...

— Eres el mas bueno de los hombres, Antonio mio, dijo Julia, y no merezco la felicidad que me ofreces, porque soy muy culpable, muy culpable.

— ¿Quieres callar, mujer?

— No... lo repito; y si supieras lo que he hecho hoy con circunstancias agravantes, no me lo perdonarias.

— Veamos; ¿qué pecadillo es ese?

— Te he robado una dicha que tú me has ofrecido con la mayor generosidad.

— Explicate.

— He salido esta mañana...

— ¿Tú?

— Yo, sí; y he recorrido algunas tiendas, y he hecho compras...

— ¿Como las mias?

— Mira...

Al decir esto, enseñó Julia á su marido dos ó tres gorritos de distintos tamaños, una camisita de batista, una chambra de piqué y algunas otras frioleras por el estilo.

Antonio cubrió de besos las manos de Julia, y desde aquel momento ya no hubo entre los dos ningun secreto relativo á sus pueriles ocupaciones, á sus idolatradas esperanzas.

Julia pasaba las largas veladas del invierno gozando

en aumentar el canastillo de la adorada criatura que bullia en su seno.

Antonio leia á ratos algunos capítulos del libro que habia comprado á su futuro heredero, y otras veces jugaba con los soldados de plomo, como se proponia jugar con su hijo cuando viniera al mundo.

Habian pasado siete meses desde su llegada de Biarritz, y en este tiempo, ni habia cogido Julia un libro para leer y soñar como antes, ni habia abierto el piano, ni se habia acordado para nada de Enrique ni de sus impresiones de viaje.

Los condes se entusiasmaron al saber que el cielo les concedia fruto de bendicion.

Antonio, que deseaba dar cuenta de su felicidad á todo el mundo, aprovechó la primera ocasion oportuna para revelar el secreto.

Trabajaba con mas ardor que nunca, y no cambiaba por todo el oro del mundo los felices instantes que pasaba con Julia hablando del fruto de su amor.

Un día vieron á una niñera, de esas que abundan en el parterre del Retiro y en la Plaza de Oriente, reñir y castigar con mano airada á un niño de dos años.

— Nosotros no abandonaremos ni un minuto á nuestro hijo, se dijeron.

En otra ocasion les anunciaron que la marquesita de Torre-Oscuro habia dado á luz un hermoso niño, y habia mandado á pedir á Asturias una nodriza de toda su confianza.

— Yo tambien buscaré un ama buena, dijo Antonio.

— Si Dios quiere, yo criaré á mi hijo, contestó Julia á su marido cuando estuvieron solos.

Como se ve, la madre habia completado á la esposa.

## XII.

## LA ÚNICA ILUSION QUE DURA.

¿Por qué razon la mujer ideal á quien hemos visto perseguir un fantasma durante los bellos días de su luna de miel; la mujer poética á quien separaban de su marido las honradas, dignas y cariñosas vulgaridades de este; por qué razon, repito, era mas dichosa que nunca, precisamente en una época de la vida en la que la mujer que solo es hembra, ó rinde demasiado culto á los extravíos de la civilizacion, sufre mas?

¿Por qué su esposo le inspiraba una adoracion sin límites?

¿Por qué gozaba oyéndole hablar de su ferro-carril y de sus empresas?

¿Por qué el vil metal tenia cierto encanto á sus ojos?

¿Por qué no echaba de menos las confianzas de un alma tan poética como la suya?

¿Por qué no hacia caso de la prosa de Lamartine, ni se acordaba de que sus dedos, hiriendo las teclas del piano, podian arrancarle secretos dulcísimos?

¿Por qué vivia tan íntimamente ligada con Antonio, y se le pasaban las veladas sin sentir, hablando de cosas que el mundo califica de pueriles, cuando no de ridiculas, y encontraba un placer en coser la ropita de su hijo y en formar planes para su porvenir, y estaba alegre, satisfecha, llena de salud, mecida por las mas dulces esperanzas?

A estas preguntas contestarian de una manera sublime todas las madres.

— Todo eso sucedia, diré yo con menos sublimidad, porque su vida se habia reconcentrado en su hijo, porque él era todo su mundo, porque esta ilusion, la única que se realiza y dura, es la mayor de las felicidades.

Llegó por fin el ansiado momento.

Julia, con ese sublime heroismo de la mujer que comprende la felicidad de ser madre, dió á luz un hermoso niño, cuyos primeros gritos arrancaron lágrimas de entusiasmo á Antonio.

Los dos esposos rechazaron las costumbres que el lujo ha aplicado á los cuidados de los niños. La condesa auxilió á su sobrina durante la convalecencia, y despues no quiso Julia confiar su Antoñito á nadie.

Ella le envolvía, ella le lavaba, su esposo le ayudaba á dormirle, y cuando el angelito descansaba en la cuna, estaban los dos horas enteras contemplándole en silencio.

— ¡Es tu retrato! le decia Julia.

— Sí, pero tiene tus ojos y tu frente.

— Y ese hoyuelo... ¡qué hermoso es!

— ¡Cuánto nos va á querer!

— Mira, le decia Antonio, no quiero que se separe de nosotros, no hay que dejarle un solo instante en poder de los criados... los echan á perder, les enseñan dicharachos.

— Tienes razon... tampoco quiero que vaya al colegio; no todos los maestros son amables.

— Tú le enseñarás á rezar y á leer, y yo á escribir.

— ¿Y qué carrera ha de estudiar? decian otras veces.

— Por mi gusto, la de ingeniero; es la mas lucrativa, la de mas porvenir.

— No, hombre; se veria obligado á pasarse la vida en los caminos.

— Entonces le haremos ingeniero militar.

— ¡Militar!... no en mis días... ¡hijo de mi alma! exponerle á las fatigas de una marcha, á los azares de una guerra.

— Me parece que le vas á mimar mucho; y créeme, los hombres no pueden estar siempre al lado de las faldas de su madre.

— Pues el mio no se separará de mí.

— Eso es una tiranía...

— Calla por Dios, qué vamos á despertarle.  
— Es verdad... perdóname.  
Estas y otras conversaciones por el estilo entretenían á los dos esposos, aumentando su ventura, porque aumentaban y fortalecían su cariño.  
Los dos vivían para su hijo, todo lo sacrificaban al amor que le profesaban, y el angelito pagaba con usura sus desvelos, recreándolos con sus sonrisas, con sus monerías, con sus gracias.

El tiempo pasaba sin sentir para Julia y Antonio, y á él le faltaba tiempo despues de terminar sus tareas para correr á su casa cargado de juguetes.

Julia le esperaba con ansia para contarle que el niño habia dormido y soñado, que ya decía *papá*, que le habia dado el primer beso, y todas esas minuciosas observaciones que pasan desapercibidas á los ojos de los que no son padres.

— ¿No te parece que nos queremos hoy mucho mas que cuando nos casamos? dijo un dia Antonio á su mujer.

— ¡Ah, sí!  
— Me acuerdo que por entonces, añadió Villaverde, huías de mí, mis conversaciones apenas te interesaban, y preferías un rato de lectura, una sesión de música á la enumeracion de mis vastos proyectos, de mis empresas...

— Entonces pensaba yo que no me comprendías, y era yo quien no acertaba á comprenderme; por eso ahora procuro resarcirte de aquellos dias perdidos para nuestra ventura.

— ¿Con que es decir que ahora me amas mucho mas que entonces?

— Sí, mucho mas, infinitamente mas.

— ¿Aun cuando soy prosaico?

— Eres el padre de mi hijo, dijo Julia, estrechando su mano con vehemencia, del BELLO IDEAL, de toda la mujer que sabe ser esposa.

Aquí terminaria mi historia; pero como toda fábula ó cuento, para ser digna de nuestra época, necesita enseñar algo, concluiré diciendo á mis lectores:

« Amigos míos, si despues de ver este cuadro íntimo que os he enseñado, no sentís un deseo irresistible de imitar á Antonio y buscar una Julia, no os caseis; renunciad á oír la epístola de San Pablo; vuestra vida sería un infierno, me acusaríais de falsificador de felicidad conyugal, y yo podria á mi vez calificaros de calumniadores. »

JULIO NOMBELA.

**Historia de un pañuelo blanco.**

I.

QUE EL AUTOR CONSAGRA POR ENTERO Á SUS LECTORAS.

La historia que se va á leer, el autor empieza por confesarlo, se dirige mas que á los hombres, á las mujeres; á esa deliciosa mitad del género humano destinada por inescrutables designios á burlarse de la otra mitad.

Por lo tanto, siendo escrita para ellas y no para ellos, el autor cree poder permitirse algunas ligeras observaciones.

Una flor, una de esas delicadas flores que se abren por la mañana á los primeros rayos del sol, no está tan henchida de aromas recogidos en su seno durante la noche, como lleno de curiosidad está el corazon de la mujer.

El autor se apresura á declarar que está muy lejos de mirar esto como un defecto. La curiosidad es otra de esas mil y una encantadoras cualidades del bello sexo. ¡Infelices de nosotros si las mujeres no fueran curiosas!

Esto no obstante, por muy loable que pueda parecerle la curiosidad en el sexo débil, se ve en la dura precision de reservar dos circunstancias en esta historia.

El lugar de la escena, el año en que acaeció. Solo en estas condiciones y con la de suprimir los verdaderos nombres, se le permitió al autor publicarla.

Sensible le es en su consecuencia no poder satisfacer tocante á estos puntos la curiosidad de sus lectoras. Libre es sin embargo cada una de ellas de fijar fecha y sitio donde mejor se le antoje ó mas conveniente le parezca.

Dicho esto, pasemos á la historia.

II.

EN EL QUE YA ES CUESTION DEL PAÑUELO Y DE SU LINDA PROPIETARIA.

Empezaba á anoecer. Alberto de Ródez, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones, se sentía ya cansado de vagar por entre los árboles del paseo donde tres mortales horas hacia que paseaba su fastidio y su indiferencia.

Tres mortales horas hacia tambien que, segun su costumbre, estaba pensando en lo que podria hacer.

— ¿En qué diablos mataré yo el tiempo? se dijo de repente deteniéndose.

Pero no tardó en volver á emprender su paso sosegado.

— Pues señor, continuó, me decido por el pronto á entrar en el café y encender un puro. Algo se me ocurrirá fumando.

Entró en el café, encendió su tabaco y volvió á salir quedándose clavado en la puerta. Pocos minutos hacia que estaba allí cuando cruzó por delante de sus ojos una lujosa carretela al rápido paso de dos soberbios tordos. No fué sin embargo tan rauda en cruzar, que no permitiera distinguir á una mujer coquetamente reclinada en los muelles cojines del coche y perdida entre una nube de encajes.

— ¡Calla! ¿dónde irá la vizcondesa? se dijo.  
Y siguió con la vista el carruaje, que no tardó en detenerse á la puerta del teatro.

— Ya me lo figuraba yo. Pues señor, ya sé donde ir. Vóvme al teatro.

Y Alberto empezó á andar, dándole con el dedo meñique á la ceniza de su cigarro.

— ¡Hola, Alberto! ¿Dónde bueno? le gritó en aquel momento un jóven de cabello rizado y vestido á la *dernière*, que se detuvo en la puerta del café, en el sitio que precisamente acababa de abandonar de Ródez.

Alberto volvió la cabeza con la misma lentitud y gravedad que presidia á sus movimientos todos.

— Al teatro, contestó.

— ¡Ay! ¿Vas al teatro? Hombre, sí, haces bien, te aconsejo que vayas.

— Y yo te suplico creer que me es completamente indiferente tu consejo, dijo Alberto. Antes que me le dieras, estaba ya decidido á ir.

— Pues yo, continuó el recién llegado haciendo silbar el junco que sostenía su mano, pues yo me quedo un rato en el café. Luego iré por allí. Es una magnífica funcion.

— No sé qué funcion echan.

— ¡Toma! ¿pues entonces á qué vas al teatro no sabiendo la funcion?

— Para ir á alguna parte. ¿Necesito saber acaso qué funcion representan para fastidiarme?

— ¿Has visto alguna vez *Il Bravo*? preguntó el jóven.

— ¡Qué sé yo! No me acuerdo.

— Te lo digo porque es la funcion de hoy. ¡Magnífica ópera! ¡Oh! ¡Mercadante, Mercadante! Nos hicimos muy amigos en Italia. Es la tercera representacion. Laura está divina y Gualtero inimitable en su romanza del primer acto, en aquella romanza... ¡Oye, verás qué canto tan tierno!

Y se puso á tararear:

Della vita nel sentiero  
Vidi un angelo del cielo,  
Io non ebbi...

— Con que, adios, Paulo, exclamó Alberto echando al aire una bocanada de humo y dejando con la melodía en la boca al elegante filarmónico.

Paulo se quedó asombrado mirándole alejarse. En seguida entró en el café murmurando:

— ¡Todos tienen á ese hombre por un espiritual, por un excéntrico, y yo le tengo por un necio!

Alberto tuvo todos los trabajos del mundo para poder penetrar á través del gentío que se agolpaba á las puertas del teatro. Es que, en efecto, se daba la tercera representacion de *Il Bravo*, de una ópera que habia hecho furor, que habia causado uno de esos entusiasmos que forman época en los anales de un público filarmónico. Verdad es que el público no sabia á punto fijo si lo que habia causado su entusiasmo era la música de Mercadante, ó la ejecucion de sus dos artistas favoritos, la prima donna Laura Gioberti y el baritono Gualtero di Stella.

Cuando Alberto llegó á su asiento del anfiteatro, toda la sala estaba ya llena. Ni un sillón vacío, ni un solo palco desocupado. Tocante al patio, solo se veía un mar de ondulantes cabezas. Parecia que toda la elegancia de la capital se hubiese dado cita aquella noche en el teatro. Las miradas vagaban errantes de una en otra hermosura, de uno en otro prendido: era un aspecto deslumbrador el que ofrecía la sala.

Alberto recorrió con la vista todas las localidades, y con algunas ligeras inclinaciones de cabeza contestó á varios saludos que se le dirigieron. Sus ojos, cansados por fin de vagar, se quedaron clavados en un palco principal de la embocadura. Acaso habia dado con lo que buscaba. Este palco, al revés de los otros que estaban llenos de gente, solo era ocupado por una mujer, ó mejor dicho por una niña, porque veinte años podia tener todo lo mas aquella hermosa cabeza que se lanzaba, energicamente modelada, de los hombros mas hechiceros del mundo, traidoramente descubiertos por una manteleta de encajes al resbalar sobre unos brazos desnudos y puede que sin rivales.

La mirada de Alberto, esa mirada fria é impasible, provocadora de desden, que acostumbraba á pasear con la mayor indiferencia por todos los rostros, y que no le abandonaba jamás en ninguna circunstancia, como no abandona el mango la hoja del cuchillo, la mirada de Alberto cobró cierto tinte de dulzura y de tristeza al clavarse en el rostro de aquella encantadora criatura.

Mientras que de Ródez permanecía sin pestañear en esta muda contemplacion, la dama del palco dejaba errar sus ojos del patio al anfiteatro, de la platea á las galerías, con esa sonrisa atractiva y dulce que la felicidad da á guardar á los labios de las mujeres que á su pabellon se amparan; estaba como acurrucada en el

fondo del palco, en una postura llena de gracia y abandono, una de esas posturas que las mujeres poseen el secreto de llegar á hacer naturales á fuerza de estudio; envolviase en los pliegues ondulantes de un vestido blanco, como hubiera podido hacer una ninfa antigua con su ropaje de mármol; la serpiente de encaje que corria todo al rededor de su pecho lamiendo su garganta, era casi invisible, tanta era la brillante blancura que tenia la piel nacarada de la dama; su manteleta de blondas la envolvía como una nube diáfana: tal debia ser Vénus cuando fué escupida á la arena por la espuma de los mares.

Parecióle de pronto á Alberto que una ráfaga de una sensacion desconocida acababa de pasar por aquel rostro de un óvalo perfecto bajo el cual se transparentaban las azúreas venas; la dama hizo un movimiento imperceptible casi; su sonrisa desapareció, sus ojos fueron á buscar la sombra de los párpados, que se inclinaron como si desearan proteger la meditacion ó la melancolía de la hermosa.

Las primeras notas de esa música fresca y original que Mercadante ha sabido encontrar para *Il Bravo*, acababan de oscilar en el aire partiendo como un puñado de chispas de la orquesta. Efectuóse un movimiento general. Alberto se sentó, pero sus ojos no abandonaron el palco del proscenio.

La bella introduccion de la ópera pasó como pasan todas las introducciones de un teatro lleno de gente, entre los murmullos que van apagándose, entre el chillido de los abanicos que abren y cierran delicadas manos, entre el ruido de los que llegan, entre los saludos de los que pasan.

Las robustas y nutridas voces de los coros retumbaban la sala; las mas brillantes melodías partían de la orquesta; el monstruo lleno de luces que pendía en medio del salon enviaba á todas partes sus fastuosas claridades; la vida, la alegría, la juventud se agitaban en todos los puntos. Repentinamente una chispa eléctrica pareció cruzar por toda aquella reunion: las paredes se estremecieron, las luces oscilaron al torrente de aplausos que saludó la aparicion en la escena del personaje *Fóscari*.

Alberto habia separado sus ojos del palco para fijarlos un momento en el artista, que aparecía en la escena envuelto graciosamente en su capa y con la orgullosa petulencia de un patricio veneciano. Cuando volvió á elevarlos, el rostro que buscaba habia desaparecido tras un abanico que la jóven habia extendido coquetamente como un velo ante su rostro, cual si hubiera querido robar á todas las miradas su emocion.

Los aplausos continuaron largo rato, y aun cuando momentáneamente se suspendieran, de nuevo volvían á empezar con igual furia. Gualtero di Stella, que era el artista encargado del personaje *Fóscari*, se deshacia en saludos.

— ¡Bravo, bravo, mio caro Gualtero! gritó una voz al lado de Alberto.

Este volvió la cabeza. Era Paulo que acababa de llegar y tenia su asiento inmediato al de Ródez.

El entusiasmo se calmó por fin. Di Stella, con la voz algo trémula por la emocion que acababa de experimentar ante aquel bello triunfo, dijo su recitado hasta llegar á aquellas palabras con que termina:

Ma costei vidi, e l'amor mio disparve,

Entonces el silencio mas sepulcral reinó en la sala. Iba á empezar su romanza. Pareció como que todos los corazones habian dejado de latir. Alberto vió á Di Stella acercarse majestuosamente al proscenio y clavar pausadamente sus ojos en el palco objeto de la contemplacion de Ródez. Alberto vió tambien á la jóven abandonar su indolente postura, y como impelida por una atraccion magnética, acercarse al antepecho y apoyarse en la baranda del palco. El artista y la desconocida se hallaban de este modo frente á frente.

Nada mas dulce ni mas tierno que la romanza de *Fóscari* en la introduccion de *Il Bravo*; todo el mundo lo sabe; es acaso donde el *maestro* ha vertido mas pasion, mas fuego, mas sentimiento. Di Stella empezó; su voz era fresca, hermosa, magnífica de expresion apasionada, rica de dulce transporte. Hé ahí la letra:

Della vita nel sentiero  
Vidi un angelo del cielo;  
Io non ebbi che un pensiero,  
Sul passato posi un velo.  
Tutto il mondo avrei sfidato  
Per poterla posseder.

Este andante fué cantado como el público no habia oido nunca, y fué cantado mirando el artista á la desconocida, mirándola de manera á establecer una corriente magnética de unos ojos á los otros. El público no reparó en esta circunstancia, pero Alberto adivinó una declaracion.

Una declaracion, sí. Alberto habia visto toda aquella escena episódica sin perder un gesto, un movimiento; habia visto brotar un rayo de los ojos del cantante, y resbalar por la cadena invisible que unía unos ojos á los otros; habia conocido que no es menos rápido el pensamiento, de lo que fué ese contacto eléctrico que prendió en el corazon de la hermosa del palco como una chispa en un monton de pólvora.

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

## Exposicion

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

Union central de las Bellas Artes aplicadas á la industria.

Dicen algunos historiadores que la idea de las exposiciones industriales corresponde á los chinos, y que un soberano las habria iniciado bien involuntariamente.

Sea como quiera, que el pensamiento pertenezca al Asia ó á la Europa, lo cierto es que ha hecho camino entre nosotros. En el día la fuerza de expansion ó el deseo de mostrarse en público es tan grande, que las exposiciones se multiplican. Algunos hombres emprendedores y activos se reúnen, y en algunos meses sientan las bases para la creacion de museos artísticos ó industriales. Se dice á veces, y con razon, que en Francia no se progresa; sin embargo, preciso es reconocer que en esto de las exposiciones se han dado pasos de gigante. La primera un poco importante que hubo en Francia fué en 1797, en el Campo de Marte, y contaba ciento diez expositores: el resultado sobrepujó á todas las esperanzas.

La Union central de las Bellas Artes aplicadas á la industria cuenta diez veces mas de expositores. Esta asociacion, exclusivamente francesa, de fabricantes y artistas, todos ellos hombres de iniciativa, ha logrado reunir por segunda vez, en el Palacio de la Industria, numerosas colecciones y una porcion de obras de valor que pueden servir de modelos á los jóvenes artistas.

El objeto que se propone la Union central es muy sencillo: quiere mantener la fabricacion en un nivel muy alto asociándola al arte; ¡cuántas veces la industria, deseosa de seducir á la multitud con la baratura, no da á luz productos inferiores! Lo que en suma se propone la Union, es que la Francia conserve un puesto distinguido en la fabricacion de objetos de arte, que no decaiga ese gusto particular á cuyo beneficio se producen maravillosamente cosas inútiles.

La exposicion que acaba de abrirse en el Palacio de la Industria, se divide en distintas secciones. En el primer grupo figuran todas las obras de arte compuestas con el fin de la reproduccion industrial; y en los otros grupos están los productos de la industria artística, los bronce, los muebles, la alfarería, los esmaltes, las joyas, etc.

La mayor parte de estos objetos ocupan la parte baja del palacio; en tanto



PARIS.—Exposicion de las Artes industriales. — Vidriera de M. Desgranges.

que las galerías superiores están destinadas al museo retrospectivo, al museo oriental, á las obras de los alumnos de las escuelas de dibujo de Francia.

La disposicion general de la exposicion es bellísima. Los escaparates se levantan en largas filas simétricas. Una espaciosa escalera conduce á las galerías, y allí el platero Froment-Meurice ha plantado orgullosamente su tienda. ¿Por qué tal privilegio?

Lo que primero llama la atencion, son varias magníficas vidrieras debidas á la casa Thibaud, de Clermont-Ferrand, dirigida hoy por M. Desgranges, que conoce en su arte aquella distincion pintoresca y aquel sentimiento de la armonía propios de los artistas de la edad media.

Nada mas notable que las vidrieras destinadas á alguna capilla de San Huberto, de la casa de caza del príncipe de X.

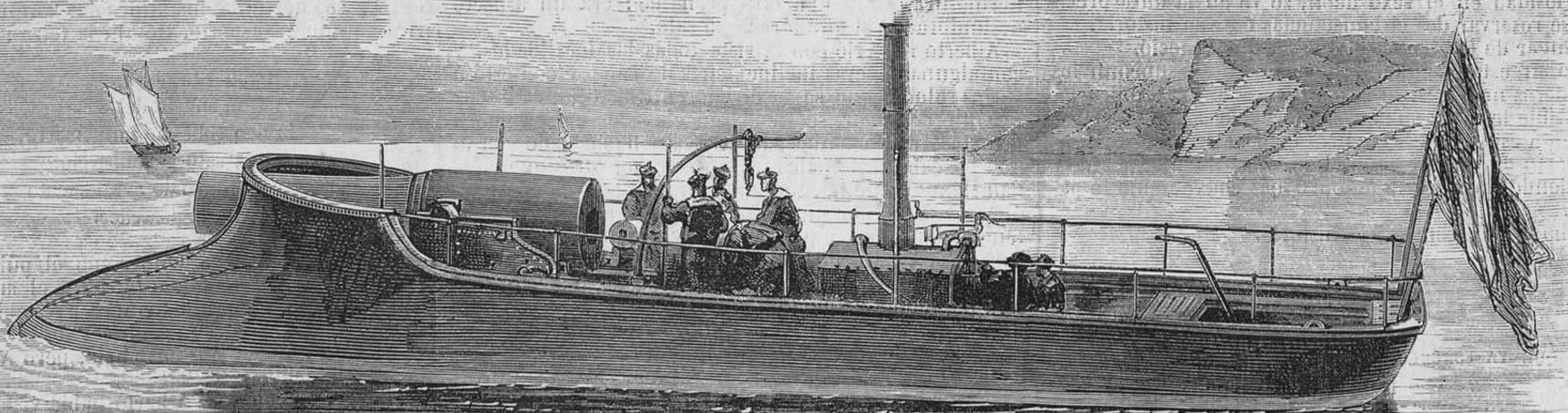
La leyenda del patrono de los cazadores está escrita en ellas con los mas vistosos colores. Unos medallones que forman en torno del santo como una especie de aureola, nos muestran las fases principales de la vida del primer obispo de Lieja.

Dícese que Huberto era un gran señor y un cristiano muy tibio. Además, era un cazador incansable, y sucedió que estando un día en medio de los bosques, distinguió un ciervo que llevaba una cruz luminosa entre su cornamenta; entonces oyó una voz que le mandó que fuera á convertirse, y obedeció inmediatamente. Despues llegó á ser obispo; un ángel le entregó una estola maravillosa, bien maravillosa en efecto, pues tenia la virtud de curar las mordeduras de los perros rabiosos.

Toda esa historia aparece en las vidrieras que reproducimos; pero no dejemos de mencionar otras del mismo autor, y que representan las obras maestras de Rafael, del Corregio y del Ticiano.

Sin embargo, no tenemos intencion de entrar hoy en el análisis de la exposicion; lo que únicamente hemos querido, es señalar su existencia. Además se necesitarian numerosos artículos para dar principalmente una idea de las curiosidades que contienen las colecciones particulares enviadas por los aficionados, como los barones de Rothschild, de Monville, etc.

Las salas que tienen menos curiosos, son quizás las mas interesantes; no es mi intencion insinuar con esto que el público sea mal juez porque se dirige con preferencia hácia lo que cautiva mas sus ojos que su inteligencia; pero lo cierto es que el museo retrospectivo que contiene muchas maravillas, atrae un corto número de visitantes.



La cañonera Farcy.



*El Cancerbero.* — Voy á pintarle su casilla de color de rosa: así parecerá menos terrible.



*Las vacaciones.* — Es menester que tengais juicio, hijos míos. Nosotros, hombres de experiencia, jugamos á las cartas; pero no á la peonza, ni al aro, ni á la pelota.



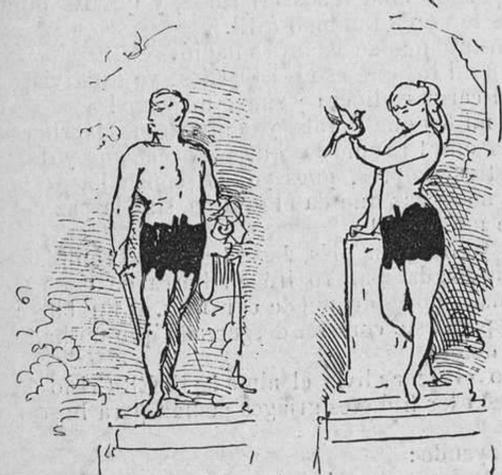
*La amnistia.* — No lloreis, amigos míos, que aunque hoy nos despedimos, pronto volveremos.



*La mancha de tinta.* — ¡Cómo te has puesto!  
— Pues mamá, todos me han aplaudido en la escuela.



*Nueva moda.* — La mancha de tinta en el jardín Mabille.



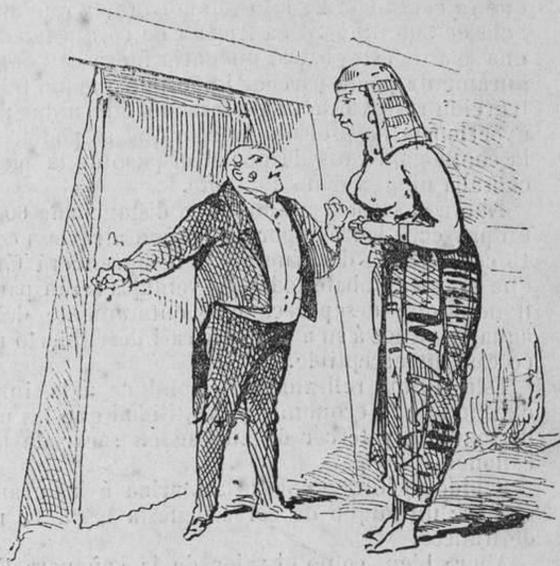
*Proyecto de trajes á la moda.* — Para las estatuas de los jardines públicos.



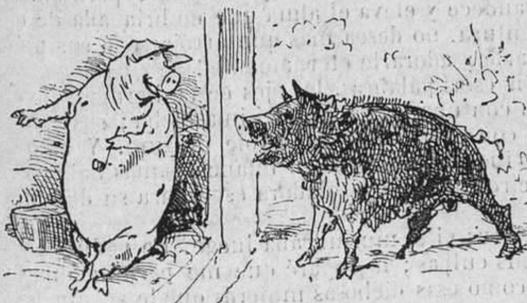
AL FRENTE DEL GRUPO DE M. CARPEAUX, DELANTE DE LA FACHADA DE LA NUEVA OPERA.

A la izquierda. — ¡Qué profanacion!

A la derecha. — Bien hecho: es una desnudez escandalosa.



*El istmo de Suez.* — Mar Rojo, te voy á presentar al Mar Mediterráneo, con la esperanza de que hareis buenas amistades.



*La caza.* — Es verdad que somos de la misma familia; pero yo no he querido civilizarme y ahora lo siento.



*Los perros á la moda.* — Tambien á ellos les alcanza la mancha de tinta.



— Señor ministro, vengo en comision por las liebres, que solicitan tambien los beneficios de la amnistia.

Y sin embargo, es una seccion digna de fijar las miradas, y así es que agradecemos á la Union central el que haya organizado ese concurso que debe necesariamente hacer progresar el arte del dibujo, tan mal comprendido aun en la mayor parte de las escuelas. Pero el caso es que nunca se ha creído que las tendencias de la universidad sean muy artísticas. ¿Qué diremos de esos liceos parisienses ocupados en el manejo del fusil Chassepot, y que no han sido capaces de enviar un solo dibujo á ese concurso eminentemente útil? Es casi una vergüenza. Pero en fin, preciso es fomentar los esfuerzos de los que desean difundir en todas las clases los estudios del dibujo, pues no solamente ese arte es uno de los que ayudan á vivir, sino que eleva el alma á las regiones de lo bello, y nadie ignora que lo bello y lo bueno son hermanos. R. C.

### La cañonera Farcy.

Hemos tenido á nuestros lectores al corriente de las muchas transformaciones que el vapor y las construcciones de hierro han ocasionado á la marina; y hoy no podemos menos de llamar particularmente la atencion sobre la cañonera de M. Farcy, alférez de navío, que ha puesto el colmo á los perfeccionamientos conocidos.

El dibujo que publicamos presenta á nuestros lectores el aspecto de esta nueva máquina de guerra; pero aquí debemos añadir naturalmente un análisis detallado de las ventajas que ofrece esta cañonera, bajo el múltiple punto de vista de la construccion, de la navegacion, de la potencia y de la economia.

Hé aquí cómo se ha resuelto el problema.

La cañonera de M. Farcy, construida en los talleres de M. Claparède, en Saint-Denis, tiene la forma de un zueco de 16 metros de largo, construido de hierro batido de 3 milímetros. Cala un metro de agua, el peso del cañon es de 15,000 kilós; la cureña y demás 7,000 kilós; posee dos máquinas de pilon, dos hélices, y su fuerza es de 10 caballos. Con una tripulacion de ocho hombres tiene bastante.

Construida de este modo, la cañonera navega con una velocidad de 6 á 7 nudos por hora en las mejores condiciones. Segun las formas de su carena, la estabilidad es tal, que puede navegar con fuertes brisas, no obstante los 22,000 kilós de su cañon, á un pié sobre el centro de gravedad, sin llevar flete. Con el sistema de construccion de M. Farcy seria posible navegar á bordo de los buques mercantes sin flete de retorno despues de haber desembarcado el cargamento. Tambien seria posible disminuir el calado de agua de los gruesos buques mercantes, que así podrian entrar mas fácilmente en los puertos con la marea baja.

¿Está la fuerza de la cañonera en relacion con las ventajas de la construccion y de la solidez en el mar? Los hechos responderán. La cañonera lleva una pieza que se carga con 24 kilós de pólvora, y que arroja una bala de 300 libras. Una fragata de coraza taladrada por una sola de estas balas, quedaria fuera de combate. Seguramente podia parecer imposible que tan frágil construccion sostuviera una pieza de tal calibre; pero la experiencia ha probado no solo que se podia, sino que la conmocion causada por el disparo de la pieza no la causaba ningun daño aparente.

Ahora si se piensa que á una distancia de 600 metros un proyectil lanzado por este cañon atraviesa corazas de 15 centímetros de grueso, se comprenderá fácilmente que en un combate todas las ventajas serán para la cañonera que desaparece casi enteramente debajo del agua, y ofrece á su adversario casi descubierto un blanco casi imperceptible.

Esta última reflexion nos conduce á la importante cuestion de la economia y la utilidad que las potencias de segundo y tercer orden pueden sacar de la nueva cañonera.

Sabido es lo que cuesta la marina á las grandes naciones: un buque de coraza cuesta hasta 12 millones de francos.

Ahora bien, como el valor de la cañonera Farcy no pasa de 30,000 francos, con el precio de una sola fragata acorazada se podria organizar una inmensa flota de 400 cañoneras armadas con un cañon cada una, que en las aguas mas bajas producirian espantosos destrozos.

Vemos pues que independientemente de la cuestion económica, la nueva cañonera suscita cuestiones del orden político mas elevado. Los dinamarqueses, los suecos, los griegos, todas las potencias pequeñas que carecen de los recursos necesarios para construir flotas acorazadas, podrán, con el nuevo sistema de cañoneras, defender á poca costa su territorio.

Para concluir, diremos que esta cañonera no es un proyecto, sino que existe, y que con ella se han hecho experiencias en el Sena, en presencia del emperador, acompañado del mariscal Niel, del almirante Rigault de Genouilly y del general de Beville, y todas las maniobras se ejecutaron perfectamente. Luego se han repetido en el mar de la Mancha, y siempre con buen éxito. Sobre todo la prueba que se hizo en Cherburgo, en medio de una tormenta, fué decisiva. De todos estos hechos se puede sacar en conclusion que tocamos á una nueva transformacion de la marina que debe tener un doble resultado, el de aumentar las fuerzas navales disminuyendo los gastos. L. C.

### Tradicion de los rabinos de Jerusalem.

LA PECADORA DE LA CIUDAD.

(Continuacion.)

— ¡Prosigue, Mirjhan, prosigue! Mi felicidad seria estar de este modo escuchándote eternamente; y puesto que todo el mundo se ha ido, y podemos disponer del tiempo, ábreme esa hermosa alma, y confiame todos tus pensamientos y sueños.

— ¡Lo haré, Tulio, porque tú lo pides, y porque siento que al hablar de esto, se ensancha mi pecho oprimido. Tú sabes bien que la cualidad de mi cariño es la franqueza, así como la de mi aversion la hipocresia; y como yo no he perdido ocasion de manifestar públicamente la tristísima opinion que tengo de mis enemigos, ellos me han proscrito declarándome enemiga de Dios. ¡Y sin embargo, bien sabe el cielo que no es así! Yo creo en Dios, en un Dios de amor y de misericordia; y por eso le he buscado con ardor por todas partes. Con esa idea he estudiado las escuelas espirituales de la culta Grecia; me he iniciado en los misterios de Zoroastro y de Mannes; he penetrado en las sombras tradicionales de la India, y en ninguna parte he encontrado lo que buscaba, si no es en los libros de Moisés y de los Profetas, pero entendidos á mi manera, y no segun las interpretaciones de nuestras sectas. Y al llegar aquí verás explicada la injusticia con que tú y otros muchos me acusais de insensible y fria. Habrá pocas naturalezas tan ávidas de amor y sentimiento como la mia, y precisamente ese amor es el que he buscado en la religion; pero lo mismo en la Grecia que en el Egipto, que en la India, siempre he encontrado por principio, la inteligencia, el poder ó la fuerza. en ningun lado ese otro sentimiento que es en mi concepto el principio creador de la naturaleza, el lazo de union del alma con Dios.

— ¡Pero ¿quieres decirme, Mirjhan, cómo justificas con eso la ingratitud con que pagas mi amor?

— Sí, Tulio, te lo diré. ¡Lejos de ser insensible, me siento devorada por una sed de amar y ser amada, que consume mi corazon y me hace tediosa la vida; y si ni en los hombres ni fuera de ellos encuentro lo que busco, con hartas lágrimas pago mis locas ambiciones!

— ¡Pues si es eso lo que deseas, aquí tienes un hombre, Mirjhan, que cifra su ventura en adorarte como un esclavo por toda la eternidad!

— ¡Eternidad! ¡Eternidad! ¡Ay Tulio! Has tocado precisamente la fibra de mi dolor. ¡La eternidad! ¡Así hablamos, miseros mortales, y dentro de un año... de cuarenta, seremos polvo y no mas! Juramos amores eternos, y sin contar con la inconstancia del corazon, el tiempo, la enfermedad, una pasion cualquiera, bastan para acabar con ellos. «¡Siempre, eterno, infinito!» ¡Hé ahí palabras sublimes, que son un cruel sarcasmo en nuestros miseros labios, y que hemos aprendido sin duda antes de esta vida, en otras regiones mas altas, adonde no llega el poder de la muerte.

¡Hé ahí, precisamente, por qué yo no puedo amar en el mundo! Pues así como la inteligencia aspira á conocimientos sin limites, mi corazon se lanza ardiendo en devorante fuego en pos de esos amores sin término y sin medida, que por mucho que quiera ¡ay Tulio! no puede dar un mortal.

— ¡Pero por los dioses excelsos, Mirjhan, amores como los que tú sueñas, ni han existido ni pueden existir!

— ¡Te engañas, Tulio! ¡Los debe haber, los debe haber! Dios nada ha creado en vano. Toda causa tiene su efecto, su fin todo comienzo, todo sér su mision; y esta aspiracion universal, constante en la naturaleza humana á venturas y á destinos infinitos, no puede germinar en nuestros pechos mortales, sino al soplo de un Dios inmortal, que con el misterio de su origen, se reserva el misterio de su satisfaccion.

— Todo eso es un delirio, Mirjhan, pero si realmente fuese verdad y los dioses inmortales hubiesen querido reservar su secreto, seria temerario y sobre todo inútil que tratáramos de penetrarlo. Así, pues, tomemos lo que nos dan; y puesto que tenemos medios para ser felices en el mundo, no los desechemos sin juicio, por quimeras que no hemos de realizar. Yo te aseguro, que si tú quisieras entregarme tu mano con tu amor, los dioses en el Olimpo no serian mas felices que Cayo Tulio en tus brazos.

— ¡Ay! sí; porque mi juventud y mi belleza te prometen placeres y venturas que tal vez no hallarias despues. ¿Pero y luego? ¿Pensarias del mismo modo, cuando la vejez arrugando mi tez, robara su perfume á mi aliento, y su frescura á mis labios y su brillo á mis ojos? Y aunque quisieras decirme que me amas por mis sentimientos y no por mi hermosura, no olvides, que la edad envejece y afea el alma del mismo modo que el cuerpo. Y ¡ay! de todo ese fuego, y de todo ese entusiasmo celestial que ahora crees inextinguibles, solo quedaria un tibio y desmayado afecto, como la fria ceniza que deja un incendio voraz.

— ¡Pero eso es una locura, Mirjhan!

— Ya lo sé. Es una locura, y bien desgraciada por cierto, sentirse con alientos y aspiraciones inmortales y verse detenida siempre por la pequeñez y la muerte. Es muy triste, Tulio, y por eso son largas mis noches y oscuros mis dias. Por eso he querido buscar á la agi-

tacion de una existencia disipada, si no la dicha, la distraccion. Pero ¡ay! tras una violenta fiebre el decaimiento es mayor; y tras el vértigo de una fiesta el vacío del corazon mas ancho, el hastío del alma mayor.

— ¿Con que nada puede moverte á acoger mis ruegos; ni la sinceridad de mi cariño, ni siquiera la compasion?

— ¡Nada, noble amigo, nada! y mas tal vez por tu interés que por el mio. Yo no puedo encontrar mi felicidad en el amor de un hombre, aunque ese hombre se llame Cayo Tulio. Sin embargo, si tuviera la menor esperanza de que sacrificando mi libertad pudiera darte la dicha que mereces y te deseo, Jehová me es testigo de que lo haria sin vacilar. Pero completamente convencida de mi imposibilidad para ello, solo me es dado pedirle que vele propicio por tí.

— ¡Adios, pues, por siempre, Mirjhan! dijo levantándose el jóven.

— ¡Parte, noble Tulio, parte lejos de esta pobre loca! dijo la hermosa jóven tendiéndole una mano y ocultando con la otra sus lágrimas, y añadió luego: ¡Ah! ¡que un corazon digno del tuyo te dé la felicidad que te desea esta infeliz hebrea, que no se olvidará de tí!

Tulio besó con pasion la mano de la jóven, y haciendo un doloroso esfuerzo abandonó el salon.

Mirjhan entonces rompiendo en sollozos murmuró:

— ¿Es para esto para lo que Dios me ha dado un corazon que no cabe en el mundo, y que el mundo no puede llenar? ¡Ay! ¡no! Yo siento una voz que me dice que esto tiene su objeto. ¡No lo comprendo, pero es verdad!

### II.

A los dos ó tres meses de esto, Magdalena sentada bajo un tamarindo de su huerto, leia por millonésima vez con profunda emocion unas líneas escritas en una gran hoja de papiro.

— Tiene razon Lathzabaar, murmuraba, al decirme que esta es la realizacion de mis sueños. Los milagros, los portentos y la sabiduria de ese hombre extraordinario que tan honradamente conmueve á Judea, no me llamaban la atencion, porque en la expectativa de su Salvador, el pueblo está predispuesto á dar crédito á cualquiera. Así sucedió con Matías de Margalot, con Judas de Gamala, y con el justo Juan el Bautista; pero hay en la doctrina de este hombre rayos de luz, que solo han podido salir del sol de la sabiduria eterna.

Dicho esto volvió á leer con viva emocion:

« ¡Yo soy el camino, la verdad y la vida. Yo estoy en mi Padre y mi Padre en mí. Yo rogaré á mi Padre y os enviará el espíritu de verdad, el consolador á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce, mas vosotros le conoceréis y estará con vosotros! ¡El dará testimonio de mí, y yo vine del Padre y volveré á Él y tambien vosotros! ¡Y no solo vosotros, si no los que han de creer en mí por vuestra palabra, para que os ame como me ama á mí! »

— ¡No, no, exclamó Mirjhan, este lenguaje no es de un sabio, ni de un santo, ni de un profeta. Este lenguaje es de Dios, que enseña porque sabe, que manda porque puede, y que ofrece su amor y el amor de su eterno Padre, porque ama á sus criaturas, y quiere que sus criaturas le amen tambien á Él.

Luego continuando su lectura añadió:

« ¡Venid á mí los que esteis cansados, yo os aliviare porque mi carga es ligera y suave mi yugo! »

« Venid á mí los que llorais, yo enjugaré las lágrimas de vuestros ojos! ¡Venid los que padecéis, que yo aliviare vuestros dolores, pues yo soy consuelo, yo la paz; pero no la paz que da el mundo, sino la paz del Padre que me envié! »

— ¡Sí, sí, yo iré á tus piés, Jesus! exclamó rompiendo en llanto Magdalena. Yo iré en busca de esa paz que tanto ansio, que solo puede dar Dios. ¡En busca de consuelo para este corazon desgarrado que no halla tregua á su dolor!

¡Oh! ¡Solo el leer alivia el alma! ¡Es Él. Cristo de Dios, que hasta los filósofos griegos pedian para buscar la verdad!

Y siguió leyendo:

« Como el Padre me amó, así tambien os he amado. » ¡Perseverad en mi amor! Y amaos los unos á los otros, que este es mi mandamiento y mi ley. »

— ¡Y todo, todo es así! murmuró la jóven doblando cuidadosamente el papiro. Esta es la religion del corazon que yo presentia en mis sueños, que buscaba con ansiosa avidez. ¡Hé aquí ese amor sin término, sin medida para el corazon, en el inagotable amor de Dios, como el amor para la inteligencia en su sabiduria sin fin! ¡Felicidad de la inteligencia; y por siempre, siempre, siempre... hé aquí la palabra de Dios!

¡Y todo eso leído, persuade y consuella; pero oido á Él, engrandece y eleva el alma que embriagada de celestial ventura, no desea mas que arrojarle á sus piés, para amarle y adorarle eternamente!

Al decir estas palabras, los ojos de la hermosa jóven brillaban con una llama de purísima dicha; sus labios sonreian con expresion de inefable dulzura. Y es que desde los inocentes dias de su infancia jamás habia venido á refrescar tan consoladora esperanza su desolado corazon.

— Iré á sus piés, murmuraba luego. Le pediré perdón de mis culpas; le rogaré que me permita oírle y seguirle como esas dichosas mujeres que le acompañan do quien que va. ¡Oh, cómo se reirán de mí todos esos hipócritas de Salen que tanto me aborrecen! ¡Oh, có-

mo hincarán su diente venenoso esas señoras á quienes ofende mi opulencia y mi belleza, al verme con las rudas pescadoras de Galilea, sirviendo al carpintero de Nazareth! ¿Y qué me importa, si ese carpintero, por un misterio que no comprendo, ha querido tomar ese humilde estado para ocultar al Hijo de Dios? ¿Qué! ¿Yo que he despreciado sus juicios para mis disipaciones, habia de temerlos para seguir la virtud? ¡Ah! si tuviera la fortuna de que me acogiera, pronto daria yo al desden como antes su miserable opinion. Pero... ¿si me rechaza? ¿Si El, que es puro, immaculado, horrorizándose de la vida de profanidad y placeres con que he escandalizado mi patria, me arroja de sí y me maldice? ¡Oh! ¿Qué será de mí? ¿Qué será de este pobre corazón enfermo, que soñó con una esperanza de salvacion y ventura?

Despues de un momento de tristes reflexiones, añadió con espanto:

— Y no, no puede acogerme. ¡El dia que ese hombre recibiera á la escandalosa Magdalena... pontífices y sacerdotes, escribas y fariseos, sublevarian al pueblo contra él, como enemigo de la moral y de la ley! ¡Harto adelantan aun sin eso, en su obra de maldicion! ¡Oh, me rechazará, me maldecirá!

Y diciendo así, se retorcia desesperadamente las manos.

— ¡Pero no, no! exclamaba luego. El dice que no ha venido por los justos si no por los pecadores; que los ángeles del cielo cantan de júbilo el hallazgo de la oveja descarriada; que el Padre celebra con festines la vuelta del hijo pródigo. Iré. Iré. ¡Sus palabras son de misericordia, su corazón es de amor! Cuando recuerdo su noble figura tendiendo á la multitud sus amorosos brazos, y llamando con aquellas miradas de celestial dulzura, á todos los que sufren y lloran, á todos los que dudan y gimen, para atraerlos á su seno y enjugar sus dolores y sus lágrimas... ¡Oh!... ¡hasta mi alma mundana, contaminada por tantos excesos, se siente animada por una dulce confianza, y ansiosa de arrastrarse y morir á sus piés!

¡Iré, estoy resuelta, y pronto! Le ofreceré todos mis bienes para que los reparta entre los pobres á quienes tanto ama; besaré las huellas de sus plantas, y si quiere, me sepultará á hacer penitencia en el desierto del Bautista; y entonces El, que es el consuelo de los tristes y de los enfermos, el refugio de los descarriados y de los proscritos, se apiadará tal vez del llanto de la pecadora de la ciudad!

### III.

¡Espíritus benditos, que flotábais trémulos de dicha en las azuladas ondas del Genezareth, en aquellos dias de gloria, en que resonaban sus márgenes con las palabras del Señor, dadme fuerzas para cantar los sentimientos de esperanza y consuelo que embargaban los pechos de los hijos de Israel!

¡Los dias de la esperanza han venido! murmura una voz misteriosa en el espacio, y á su eco, desde Tiberiades al Alfhaltites, desde Aijalon á Galaad, todos los labios repiten la buena nueva, clamando entre lágrimas de alegría: « ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! »

¡Bendito sea! ¡Bendito sea! Que á su paso los sordos oyen, los ciegos ven, los muertos resucitan, los pecadores se salvan, y todo en la naturaleza, los cielos, la tierra, los espíritus y los hombres, obedecen la voz del Señor.

¡Sus miradas deleitan, sus palabras enseñan, y sus manos que bendicen al justo y al pecador, muestran amorosas el cielo, convidando á todos sus hijos á las inefables venturas del reino de Dios!

¡De Coratzhain á Beethsaida; de Beethsaida á Coratzhain; de Magdala á Dalmanutha; de Dalmanutha á Capharnaun; va enseñando la buena nueva á la multitud que la adora, y van tras su huella santa, la esperanza, la alegría, la bendicion y la paz!

¡Genezareth! ¡Genezareth! ¡En tus frondosos vergeles, y en tus sendas y montañas, apenas hay tierra que no haya pisado la planta del Salvador; ni punto que no conserve algun recuerdo dichoso de la bondad de su alma, y de su divino poder! Aquí perdonó á la Cananea, allí expulsó los demonios; mas allá acogió al publicano, y acullá caminó sobre el mar; y al par que su inagotable ternura, buscaba el amor de sus hijos, todo obedecia en el mundo á la virtud que salia de El.

¡Genezareth! ¡Genezareth! ¡Has hecho bien en morirte, despues que el crimen de tu patria, profanó aquellos recuerdos de gloria y felicidad! ¡Ah! ¡Cuántas lágrimas de gratitud pura, cuántas bendiciones y cánticos de alabanza llenaron tus riberas en aquellos venturosos dias en que el esplendor del Padre eterno, se dignó habitar entre tus hijos con placer y con amor! ¡Ay! ¡Dichosos los ojos que alcanzaron á verle! ¡Dichosos los oídos que pudieron oírle! Pero ¡ay! ¡Mas dichosos todavía los corazones que recibieron sus divinas palabras, y supieron guardarlas con amor!

¡Miradle... va á Nain! Un pueblo inmenso se atropella en el camino, llenando el espacio con sus gritos y sus exclamaciones de júbilo. Los hombres arrojan sus *terismizlas* y sus *meitz*, y las mujeres sus tocás y sus *terismizlas* á su paso. ¡Hossana, Hossana al hijo de David! repiten en unos lados. ¡Bendito, bendito el Cristo de Dios! en otros, y todos se arremolinan y se empujan y se atropellan por verle. Por detrás de la multitud camina la última, Magdalena; pero la primera acaso en sentimientos de admiracion y entusiasmo. ¡No grita, siente!

¡No canta, llora! Su corazón rebosa de amor y de ternura, y necesita desahogarlo.

— ¡Acaso me rechazará! se dice. ¡No importa! se contesta. ¡Lloraré tanto y tanto; me pegaré tanto á sus huellas, que algun dia, si no es hoy, se apiadará y me perdonará.

Entre tanto, se adelanta tras los grupos con sú fiel Tirsá, jadeante de sudor, desgredada, y vestida con el humilde traje de las mujeres del pueblo. ¿Quién hubiera conocido en ella á la aristocrática y orgullosa señora de Magdala?

Su piel delicada se levanta con el roce de la lana cruda de su vestido; sus piés acostumbrados á un calzado fino y suave y á no pisar mas que alfombras, se abren con las duras cintas de cuero de sus gruesas sandalias y sangran por todas partes; su cuerpo se rinde á la fatiga, y tiene que descansar á cada momento. Sin embargo, no son sus piés, ensangrentados, ni su cuerpo desollado y rendido, ni el asombro que causa á cuantos la reconocen, lo que preocupa á la infeliz.

— ¿Está temblando, señora? murmura Tirsá.

— Sí. Tengo miedo, responde ella con apenado acento. Lejos de El me animo; al acercarme me desaliento. Cuando despues de ver la pureza celestial de su mirada, la augusta serenidad de aquella frente, y la sobrehumana expresion de aquel rostro, tiendo los ojos sobre mi conciencia, me encuentro tan miserable, tan repugnante, que maldigo estas riquezas y esta beldad que no han servido mas que para perderme! ¡Ay! ¿Por qué no habré nacido en una cabaña como esas humildes pescadoras que con tanta confianza pueden acercarse á El?

— Lo que yo veo, señora, es que las riquezas abren el camino para todas partes.

— Menos á El que predica el odio contra ellas, y mira con prevencion á los que las poseen, pues como dice con razon, es difícil poseerlas bien.

— ¡Pero atiende, atiende, señora! ¡qué gritos, qué exclamaciones en Nain! ¡Se han vuelto locas esas gentes!

— ¡Tienen razon, Tirsá! ¡Jamás otros hombres han visto lo que ven esos! ¡Jamás viviente alguno lo volverá á ver! ¿Como no han de estar contentos, si el que es la alegría de los cielos, los recibe, los bendice y los ama? ¡Ay, yo sola en estos dias de felicidad y de gloria, mojo mi pan con mis lágrimas, proscrita del reinado del mundo, desechada del reino de Dios!

Entre tanto, Jesus habia llegado á la ciudad, y un fariseo llamado Simon, hombre de autoridad entre ellos, por su saber y su riqueza, le invitó á comer en su casa, movido de la curiosidad de conocerle.

En vista de su empeño, Jesus, subió á su suntuosa morada acompañado de los discípulos.

El portal, los jardines, la calle, se hallaban cuajados de gentes; y media docena de jayanes, apenas podian contener á la multitud que se atropellaba en las puertas.

Magdalena con un magnífico vaso de alabastro lleno de bálsamo, llegó con grandes dificultades á la entrada. Al pronto los criados la rechazaron con muy malos modos, pero habiéndola reconocido luego, se apresuraron á abrirla paso, no poco asombrados de ver con aquel traje y en casa de un fanático fariseo, á una mujer tan renombrada en Judea por su lujo y su disipacion.

Ella siguió adelante, y al pisar la puerta de la sala, la primera mirada que se encontró con la suya fué la de Jesus, que se fijó en ella como si la hubiera estado aguardando.

La jóven se adelantó, y Simon que se hallaba á su paso, se desvió bruscamente al verla, como si hubiera temido que le contaminara su contacto. Ella lo observó, y á pesar del desprecio que le inspiraba su secta, aquella especie de religioso horror ante los ojos del Señor helaron su sangre en las venas.

Y lo peor era, que así como el fariseo, los discípulos y demás convidados estaban escandalizados de ver á una mujer de tan mala reputacion, queriendo hablar al Maestro.

Un sordo murmullo se levantaba por todos lados que solo contenia el respeto al Señor.

Algunos discípulos acercándose á Simon le dijeron: — ¿No habrá nada que respete esta infiel? ¿Has convidado al Maestro para exponerle á entrevistas de esta especie?

— ¿La conoce El? preguntó Simon.

— El Maestro no conoce ni quiere tratos con esas orgullosas del mundo; por lo cual harás bien en advertirle qué clase de mujer es.

— No; repuso el fariseo con maligna sonrisa. Hemos de ver lo que hace. ¿No decís que es profeta? Pues Dios le revelará quién es.

Dicho esto, se acercó á Jesus, gozando con la ocasion que se presentaba para perder su reputacion, si como parecia, se descuidaba en dar acogida á la mujer que era el escándalo de Israel.

Magdalena entre tanto, habiéndose arrojado á los piés de Jesus, principió á regárselos con sus lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza y le besaba los piés y los unguia con el unguento.

Jesus, acercando los labios á su oído, pronunció palabras de misteriosa uncion, que derramaron una celestial felicidad en el alma desolada de María.

« Y cuando esto vió el fariseo que le habia convidado, dijo entre sí mismo: Si este hombre fuera profeta, bien sabria quién, y cuál es la mujer que le toca, porque pecadora es. »

Y Jesus le respondió diciendo: « Simon, te quiero decir una cosa. » Y él respondió diciendo: « Maestro, di. »

« Un acreedor tenia dos deudores: el uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta; mas como no tuvieran de qué pagarle, se los perdonó á entrambos. » Dime, pues, ¿cuál de los dos le debe amar mas? » Respondió Simon: « Pienso que aquel á quien mas perdonó. » « Rectamente has juzgado. » Y volviéndose hácia la mujer, dijo á Simon: « ¿ Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los piés, mas esta con sus lágrimas ha regado mis piés, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso; mas esta desde que entró no ha dejado de besarme los piés. Por lo cual te digo, que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho. »

Y dijo á ella:

« Perdonados te son tus pecados. »

La jóven volvió á postrarse á sus piés, derramando lágrimas de dicha.

Y los que comian allí empezaron á decir entre sí: « ¿Quién es este que aun los pecados perdona? »

Pero Jesus tomando de la mano á María, la dijo con expresion de infalible autoridad y de celestial dulzura: — ¡Tu fe te ha hecho salva! ¡Mujer, vete en paz!

### IV.

Desde aquel dia Magdalena sufrió una completa trasformacion. No puede expresarse con palabras humanas, la alegría que arrojó en su alma la bondad del Salvador.

Al fuego del poderoso sentimiento que absorbía todo su ser, su complexion delicada se rehizo completamente, y no habia fatiga que la cansara, ni sacrificio por penoso que fuese, que dejara de aceptar con placer.

A todas horas, y á todos momentos, sus labios repetian con voluptuosa fruicion aquellas palabras que abrian á su alma horizontes de amor y de dicha, y que resonaban en sus oídos, como el eco de los sueños y de las esperanzas que llenaban su existencia.

— ¡Perdonados le son sus muchos pecados porque amó mucho! ¡Tu fe te ha hecho salva! ¡Mujer, vete en paz!

¡El amor! ¡El amor! Hé ahí confirmados por las palabras del Maestro, el principio de fe y de vida, la luz de la redencion humana, el lazo del alma con Dios.

¡Amar y ser amada! ¡Oh! ¿quién sabe, pensaba ella, si á fuerza de abnegacion y de constancia llegará á mirarme con bondad? Y de todos modos, al menos yo puedo amarle cuanto quiero; y le amaré, si; pobre ó rica, sana ó enferma, viviendo y despues de morir! ¡Si! Aunque no encontrara mas que lágrimas y amargura y oprobios en mi cariño, aunque tuviera la desgracia de no ser acogida por ti, yo te amaria siempre; ¡Dulce Jesus mio! porque prefiero con tu amor el llanto, que la dicha sin tu amor.

Bien conoció el Maestro la sinceridad y la firmeza de aquella ardiente conversion. Jamás corazón humano latió con un sentimiento mas puro é intenso que el suyo; nunca pasion mas vehemente se unió á respeto tan sagrado y á tan santa adoracion. ¡Clavada constantemente á los piés del Profeta, sus palabras eran su alimento, sus miradas su alegría, verle todo su afán! y siempre ardiendo en nuevas ansias, y satisfaciéndolas siempre, aunque sin saciarse jamás; bien puede asegurarse que la existencia de aquella alma ardiente, fué desde su vuelta á la gracia un dulce suspiro de amor.

Aquel cútis tan delicado y aquella sensibilidad tan irritable, que el pliegue de una cinta, que el roce de un brillante, que un olor desagradable bastaban á herir poco antes, tuvieron que someterse á la aspereza de un cruel cilicio, y á cuanto puede inventar de doloroso un alma arrepentida, que quiere borrar á fuerza de penitencia y sufrimiento, el recuerdo de una vida de escándalo que la hacia estremecer de horror.

Pero por valiente que fuera su espíritu, por poderosa que fuera la fuerza de su virtud, aquel cuerpo era suyo, y no dejaba de protestar á cada paso con horribles sufrimientos, contra aquella piadosa crueldad que arrancaba mas de una vez lágrimas de dolor á sus ojos.

Pero Jesus estaba allí, á su lado, para fortalecerla contra la debilidad de su cuerpo, para sostenerla contra el impetuoso oleaje de sus pasiones; y una palabra, una mirada suya, bastaban á embotar sus dolores, y volver la calma á su pecho, inundándola en torrentes de mística fruicion.

Su conversion, que llenó de alegría á sus hermanos Lázaro y Marta, volvió á estrechar los lazos que habia alojado la separacion, y en su casa de Betania, morada predilecta de Jesus, y punto de descanso en sus excursiones á Jerusalem, recibió pruebas consoladoras del afecto que la profesaba el Maestro. Allí es donde recordó, con palabras solemnes, el espíritu de místico arrobamiento, censurado por algunos, con que se entregaba á su amor; allí donde á sus ruegos y á los de su hermana, volvió á la vida á Lázaro con asombro de Jerusalem; y allí por fin donde pocos dias antes de su muerte, anunció con profética solemnidad, que donde se predicara el Evangelio, seria celebrado el nombre de la pecadora de la ciudad.

Así le siguió hasta su último instante; de dia en dia mas apasionada, y cada vez mas penitente, gozando anticipadamente de las delicias del cielo, en aquella venturosa existencia que creia sin fin. Pero ¡ay! ¡que fué horrible para ella el despertar del Gólgatha sangriento! ¡Sus oídos lo oían todo, sus ojos lo veían todo, pero su corazón se negaba á creer!

¡En aquel lúgubre y pavoroso dia del gran crimen

del mundo, las furias desencadenadas por el infierno dispersaron á los fieles discípulos; el sanguinario rencor del pueblo, ébrio de matanza, llevó el espanto á todo el que se hallaba unido con el menor lazo al *criminal galileo*; y sin embargo, aquella mujer, despreciando con altanero orgullo las maldiciones y las amenazas de las frenéticas turbas, seguía paso á paso con los ojos en el rostro de Jesús y el corazón en los ojos, todas sus tristes y dolorosas huellas sin separarse un momento de la madre de su amor. Con ella bebió gota á gota toda la hiel de aquel amargo cáliz, que la rabia de un pueblo abandonado de Dios hizo apurar en la agonía á su divino Hijo; y allí sobre la lúgubre colina del monte, que se estremecía de espanto bajo el peso de su moribundo Criador, vió por tres horas eternas pasar ante sus ojos, como una horrible pesadilla, el negro cuadro de los dolores, de los gemidos, y de las espantosas convulsiones que acompañaron la muerte de Jesús. Al lado de los dolores de la Santísima Virgen, no hay dolores humanos que puedan compararse; pero tampoco puede comprender la razón del hombre, la misteriosa mezcla de sensibilidad y de fortaleza de una mujer llena de gracia, que tanto perteneció al cielo como á la tierra desde el primer momento

de su ser. Pero la ardiente é impetuosa Magdalena toda humana, y cubierta aun por la levadura del pecado, con la fe turbia, la comprensión oscura para entender aquel misterio, al ver agonizar á su Maestro, creía faltarle la tierra y el cielo; y sentía apagarse en su pecho, con sus divinas miradas, su apoyo, su esperanza, y hasta la luz de su salvación. ¡Y al ver sus movimientos convulsivos, y al oír los tristes gemidos que le arrancaba el dolor, mientras los hipócritas fariseos y los sanguinarios sacerdotes insultaban su agonía con el escarnio y la burla, la hermosa hebrea sentía encenderse en las venas su sangre generosa, y su corazón mal despegado de las pasiones mundanas, pedía hirviendo en coraje rayos y fuego al cielo para abrasar la raza maldita, que así perseguía á su víctima hasta en aquel trance cruel!

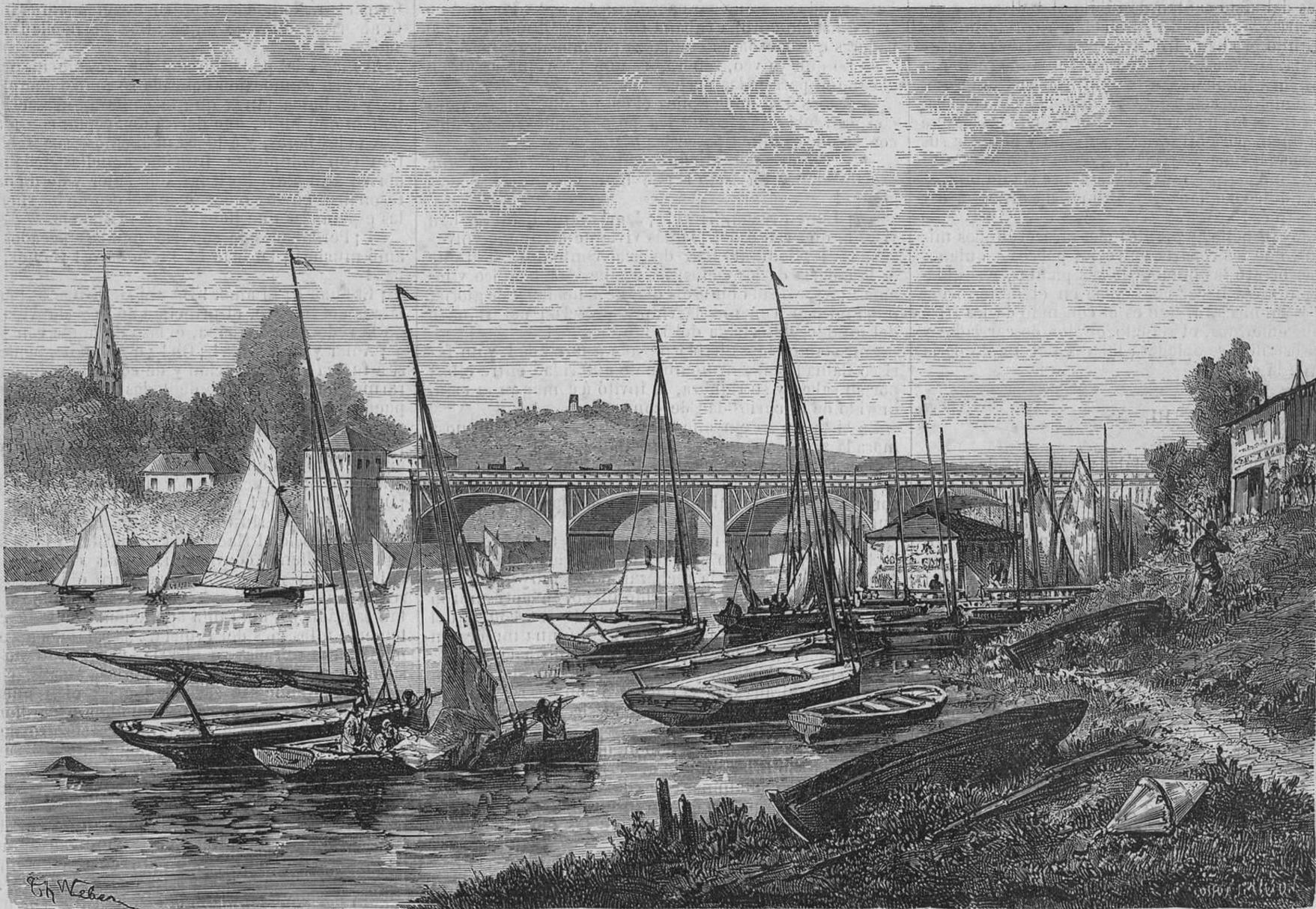
Pero la Virgen da un doloroso gemido y Magdalena acercándose á sostenerla comprende por la lividez de su rostro que todo ha acabado ya; y en tanto el sol se espanta y se vela, ábrense los edificios y tumbas, las peñas chocan unas con otras, y montes, colinas y valles se estremecen en horribles convulsiones, al eco de los subterráneos truenos, que rugen con espantoso furor. Viste el día su manto de estrellas, siniestros ruidos

llenan el espacio, y en aquel pavoroso cataclismo con que llora la naturaleza la muerte de Jesús, verdugos y espectadores poco há ébrios de su sangriento triunfo, buyen con la muerte en el alma dando alaridos de terror.

La Virgen los ve, y ahogando la horrible herida de su alma, como madre de misericordia pide por ellos á Dios; mientras la ardiente Magdalena con las miradas inflamadas de una amarga alegría, al ver el desden del mundo y el espanto de las gentes, grita con ronco acento dirigiendo las manos hácia ellas. « ¡Ruge, ruge, tierra maldita! ¡Ruge mas, y ábrete pronto; y arrastra á tus abismos de fuego la perversa raza de Adán! »

V.

El día siguiente, que era sábado, las piadosas mujeres que acompañaban constantemente á Jesús, María, esposa de Cleofas, Juana que lo era de Chusas, intendente que fué de Herodes, Salomé, madre de Juan y Diego, y María Magdalena, en cuanto vieron pasar las horas de la festividad sabática que era á las seis de la tarde, pues principia á igual hora del día anterior, prepararon las



Cercanías de Paris. — Argenteuil.

### Las cercanías de Paris.

ARGENTEUIL.

Argenteuil es un bonito pueblecillo de las cercanías de Paris, á veinte minutos de la capital, y se llega á él por la línea del Oeste, despues de pasar las estaciones de Asnières, Bois-Colombes y Colombes. La población está diseminada en los flancos de una verde colina, con la iglesia en medio, y toda rodeada de árboles. Las casas parecen nidos en las ramas. En los contornos no hay mas que viñas, pues Argenteuil es un país vinícola que produce mucho: si la calidad igualara á la cantidad sería admirable.

En Argenteuil se encuentran muchos recuerdos históricos. A fines del siglo VIII las hijas del que debía ser el gran emperador de Occidente, Carlomagno, fueron allí religiosas en un monasterio fundado siglo y medio antes por un señor de Argenteuil. Otra persona cuyo

nombre debía perpetuarse y llegar hasta nosotros, la sobrina del canónigo Fulbert, la Eloisa de Abelardo, vivió igualmente allí, porque la ocultó su amante, despues de haberla sacado de la casa de su tío, situada en Paris á la orilla del Sena. De aquel monasterio pasó al Paracletto.

Argenteuil sufrió diferentes incursiones de los normandos. Su antigua torre, que llaman el *Moulin de la Tour*, y cuya historia se ignora, es verosíblemente un resto de algun castillo fuerte parecido á los que se elevaban en aquella época por todas partes en Francia para defenderse del saqueo.

La antigua iglesia de Argenteuil fué tambien muy célebre, si no por su arquitectura, al menos por su reliquia, un pedazo de la túnica de Jesucristo, que veneraban mucho los fieles. En lugar de aquella iglesia hay en la actualidad otra iglesia nueva, muy elegante, obra del arquitecto M. Ballu, el mismo que ha construido en Paris los dos nuevos templos de la Trinidad y de San Ambrosio.

C. P. D.

esencias y los bálsamos necesarios para el embalsamamiento del Maestro, y á la siguiente mañana, domingo, se dirigieron al sepulcro antes de amanecer.

Sinceramente adictas aquellas santas mujeres á Jesús, pero débiles todavia en la fe, se detenían á cada paso en el camino, con la consideración de las mil dificultades que habían de embarazar su proyecto.

El sepulcro estaba cerrado con una inmensa piedra que exigió los esfuerzos de muchos hombres para ser colocada en su lugar; la autoridad romana lo había puesto bajo el sagrado del sello público, y como si no fuera bastante, velaba en torno de él día y noche una guardia numerosa.

No es, pues extraño, que aquellas buenas almas, que en su primer entusiasmo no se fijaron en tales obstáculos, se dijeran unas á otras con temor:

- ¿Quién nos quitará la piedra?
- ¡No nos dejarán acercarnos!
- ¡Puede que nos prendan como cómplices!

(Se concluirá.)

J. V. DE ARAQUISTAIN.